DESTINO

POLITICA DE UNIDAD

Núm. 539 - Barcelona, 15 enero de 1944 - 1 pta.
SEGUNDA EPOCA — AÑO VIII
REDAC. Y ADMIN.: PELAYO, 28, PRAL. 1.ª TELF. 11482

¿Hacia el quinto reparto?

por JUAN RAMON MASOLIVER

HACE poco más de cuatro años, bajaba por Ushok a la Rutenia húngara el capitán Poniatowski — rancia estirpe polaca —, con unos cientos de soldados. Poco después, por el camino de Bucovina, miles y miles de combatientes llegaban de Polonia a Rumania. Reinaba aún en Bucarest Carol II—vieja sangre de godos—, aquel que tan finos y valiosos servicios acababa de prestar a nuestra Causa española, y los desgraciados jinetes — como en Hungría sus hermanos — recibieron el cobijo humanitario que se brinda, entre bien nacidos, al caído. La inteligencia — o la mutua suspicacia — de dos aliados había partido en dos una Nación, el territorio de una Nación, porque aviones y tanques dieron al traste con lanceros y jinetes, y no bastó — como antaño — el pecho de la población de Varsovia para detener el alud armado.

Yo los he visto, entre empalizadas, con nieve a la rodilla, en los llanos sin fin de Besarabia. La pobre Lea Schiavi, periodista italiana caída — en no sé qué obscuro golpe de mano de los que traen las guerra — en las altas tierras de Persia; mi amiga Lea, digo, había hecho lo indecible para aliviar la suerte de esa muchachada. Porque los imaginábamos en la peor de las desgracias. Pero el tiempo, y la noticia de los horrores sufridos por sus compatriotas — o Este y Oeste de la línea de demarcación —, nos ha hecho comprender, más tarde, que los afortunados eran los de Hungría y los de Rumania. Aun, cuando modificada la política rumana y ocupada Besarabia, su suerte empeoró. Cabía emboscarse, era posible burlar vigilancias y atravesar nuevas fronteras: constituir un embrión de Ejército, bajo otros cielos si con la misma idea de pelear por el resurgir de la Patria. Los otros, en cambio: los millares de soldados sacrificados a la vesanía del ocupante; los millones de civiles capidisminuídos en todo derecho, salvo el de perecer de hambre y miseria, el de morir a mano armada donde padecieren enfermedades crónicas, el de ser atropellados por algún vehículo al transitar obligatoriamente por los arroyos, el de asistir a los Oficios divinos mediante pago en taquilla; los cientos de miles de ciudadanos conducidos en manada a trabajos forzados en zona de operaciones, esos, ¿qué fe ni qué esperanza podían abrigar respecto, no ya a su destino individual, sino al renacer patrio?

Y, sin embargo, las tuvieron. Se organizaban en partidas de resistencia; cruzaban — a paso de lobo, como dicen los franceses — las fronteras en guerra, hasta arribar a terreno neutral; engrosaban, dentro y fuera, las filas de la Independencia. Polonia no podía morir. Porque así lo creyó José Pildsuski, renació a vueltas de la pasada guerra; porque así lo han sentido los grandes y los humildes — en los frentes de combate, en la lucha guerrillera, en los campos franceses de concentración, en la miseria y el peligro —, renacerá Polonia. Polonia, no el Gobierno general.

Que por algo, pensando en nuestras guerras de Independencia: cuando moría Alvarez de Castro, cuando Palafox capitulaba, pero el arrojo hispano acosaba a un enemigo prepotente; por algo, en ocasión de la Pascua militar, subrayando que donde las unidades combatientes no se rinden no hay descalabro, ha dicho lapidariamente el Jefe del Estado y de los Ejércitos españoles: «Contra la virilidad y el espíritu de un pueblo no se puede luchar. Sin tanques, sin aviones, con escasas armas, cuando hay un corazón, una voluntad decidida para luchar, un pueblo es invencible.»

Entren, pues, en mala hora los rusos de Stalin — como antaño los de Catalina, los de Federico y María Teresa, como todavía ayer los de von Brauschitsch — por tierras polacas. La historia no ha dicho su última palabra.

El destierro es condición congénita a los polacos. Desde el penúltimo reparto del país, las ciudades de Europa y América conocen el culto de la Virgen de Chestochova, la Madre Morena de Cracovia, la patrona y símbolo de la Patria polaca. A esas imágenes en tierra extranjera, acuden esperanzados miles de polacos en estos duros tiempos de prueba

Véase, en la sección de Arte y Letras, el artículo, **"Las Letras francesas en 1943"**, por DENYS-PAUL BOULOC; el reportaje de M. BOSCH BARRETT, **"Borneo, la isla del sultanato blanco de Sarawak"**; y **"Las treinta y seis situaciones dramáticas"**, por JULIO COLL; además, el cuento de L. PIRANDELLO, **"El secuestro"**, traducido por ROSA GRANÉS e ilustrado por PALET

Véase, también, en la página 14, la sección,

AIRE LIBRE

con artículos y noticias deportivas

Cinco minutos con...

"Madame" Chanel

EN el saloncito de su hotel, «madame» Chanel, la mujer cuyo nombre es una de las más altas banderas de la moda de Francia, me recibe con amabilidad exquisita, y a mi primera pregunta me dice: «No hay moda, hoy en día; en todo caso, una muy pequeña y excéntrica, llena de cosas ilógicas, sin espíritu, que es todo lo contrario de lo que la moda exige. La moda es lujo, naturalmente, pero es, sobre todo, espiritualidad, refinamiento, y lo de hoy carece de ambas cosas.

—¿Entonces usted no ve hoy nada que pueda salvarse, dentro de la moda actual?

—Muy poco, es decir, nada; quizás las ciclistas, aunque ellas luzcan más las formas que los trajes —y «madame» Chanel ríe al recordar un atropello del que estuvo a punto de ser víctima en París, por una de estas ciclistas de bellas piernas y traje encantador.

Hay cosas que, realmente —continúa mi interlocutora, tras de su risa—, son horrendas en la moda de hoy, que ponen de mal humor a cualquiera.

—¿Y son, señora?

—Los zapatos de coja y esos sombreros que más parecen un jardín o una huerta que otra cosa, y que cuando nos caen delante en un cine nos dejan sin ver la película.

—¿Y a qué atribuye usted, «madame» Chanel, este descenso de la moda, esta excentricidad en el vestir?

—Lo primero, a que faltan muchas cosas en lo que respecta a la moda de Francia y de tantos países, y a que no hay emulación, a que se sale poco, a que hay que viajar en el «Metro», a muchas cosas, créalo usted.

—¿Y en cuanto a lo excéntrico?

—La culpa de esta excentricidad es única y exclusivamente del cinema —me afirma mi interlocutora, con voz más vibrante, como de indignación hacia él—. Todas las mujeres buscan sus modelos en las artistas de la pantalla, que visten de una manera excéntrica, carente de espíritu, de sensibilidad.

—Y en cuanto a la moda en el porvenir, ¿qué piensa usted?

—Que al acabar la guerra volverá de nuevo en todos los sitios por sus fueros la verdadera moda, la que es un arte internacional. Una moda dotada de gran sencillez y de singular belleza.

—¿Usted cree, señora, que hoy las circunstancias del mundo han puesto a las conversaciones sobre la moda en un segundo plano?

—Naturalmente, hoy se habla menos de modas, no porque la gente se reuna menos, sino porque cuando las mujeres lo hacen se preocupan más donde se podrá encontrar azúcar o quien las pueda proporcionar carne.

A mí —me dice, poniéndose en pie mi interviuvada—, antes de la guerra, todas las mujeres me consultaban sobre si las encontraba «chic» o qué les iba mejor a su pelo o a su tipo; ahora, la última vez que fuí a una reunión las conversaciones versaron tan sólo sobre el mejor modo de poner los lenguados sin ingrediente alguno y hacer las mejores «crêpes» sin azúcar. Como verá usted, la cocina ha desterrado a la moda.

Los «preciosos» en la tasca

Mientras van siendo cada vez más raros los restaurantes barceloneses que mantienen una rígida y honesta tradición culinaria internacional, multiplícanse las tabernas lanzadas a la moda por «snobs» y nuevos ricos.

Asombra el número de establecimientos de comida populares que, durante estos últimos años, han conocido la notoriedad. Figones que hasta ayer llevaban una vida encalmada y humilde, conocen de golpe y porrazo el mosconeo de los coches de lujo, los abrigos de pieles y el tabaco rubio. Mientras en un rincón la vieja clientela juega al julepe, en la mesa contigua mete bulla la asamblea de nuevos ricos. Y el mármol desnudo, el porrón, el chaleco del camarero, son tantos otros motivos de encanto y regocijo para una sociedad ansiosa de proletarizarse, que encuentra de buen tono menospreciar la etiqueta y, con la etiqueta, las minutas esotéricas.

Falta el cronista ciudadano que nos describa esos avatares del gusto, esas piruetas de la moda. Que fije para la posteridad el ambiente de la tasca marinera, del bar frecuentado por los carreteros del puerto, del ambigú vecino al mercado, que un buen día amanecen asaltados por una multitud elegante, que se pasma de gusto ante una tortilla con judías...

A CADA DIA SU AFAN

MIS AMIGOS LOS ARBOLES

MUCHO y bien hablaron nuestros poetas de los alrededores de la ciudad. Constituyen una de las máximas excelencias de Barcelona, que si en otras cosas tuvo una suerte mediana e incluso escasa, en ésta la naturaleza la colmó con abundancia. Mayor regalo no existe que abandonar de vez en cuando las calles apretadas de gente y afanes y sentarse cerca de la voz alegre de una fuente, debajo de la fronda espesa. Esta es, al menos, la opinión de tan experto catador de gustos como el famoso poeta y caballero Juan Boscán Almogáver, cuando nos narra las ventajas de la alternancia entre el campo y la ciudad y nos dice que es cosa rica dejar por unos días los amigos para gozar de la campiña.

El ruyseñor nos cantará a la diestra
y vernà sin el cuervo la paloma,
haciendo en su venida alegre muestra.

Igual pensaron discretos varones de todas las épocas. Y Barcelona fué ciudad de vida placentera, porque en ella era inmediata esta sensación de campo. ¡Bosques de Vallvidrera y el Tibidabo, laderas perfumadas de Montjuich, público solaz, marco de alegres y regaladas jiras campestres! No fué sólo Boscán quien os cantó; aquí quedan las estrofas de Verdaguer cuando nos cuenta la fuerza expansiva de la ciudad, y al imaginar sus futuros límites no tiene otro recurso que convertir su oda en sabrosa bucólica donde resuenan todas las voces de la fronda.

Lo malo es que los tiempos cambian y ahora muchos de aquellos excelentes epítetos ya no tendrían aplicación. Hemos visto cómo estos famosos alrededores se iban descarnando y aparecía en vez del verde acogedor la montaña pelada. Parece como si el incremento de las voces defensoras del árbol fuera directamente proporcional a la más rápida desaparición de los mismos. Uno se sentiría inclinado a no mediar en la polémica si no fuera tan triste a la vista el espectáculo de la tierra descarnada, hostil a nuestro paso. Es una calamidad que no ceja y que cada día nos agobia con nuevos hechos alarmantes. Escribo ahora bajo el dictado de una desagradable noticia de esta índole. En Olot se ha realizado una nueva tala de árboles. La zona afectada es esta vez la de la Font Mobina, que para muchos lectores puede sugerir inmediatamente el recuerdo de una buena merienda amenizada con los sones de la «cobla», o, también, el de la tela predilecta que cuelga en el comedor de su casa. Confieso que me cuesta trabajo dar una fe absoluta a la veracidad de esta noticia. Una serie de motivos muy poderosos me impiden creer que el propietario de aquella finca, persona sensible a cualquier valor espiritual, y cuya amistad me honra, no haya tenido en cuenta las razones que impiden tomar una decisión que en otros casos más discutibles no me atrevería a juzgar. La propiedad implica también exigencias de índole inmaterial. Ahora mismo, en el calor de una conversación, estoy seguro que mi amigo convendría en ello. Me parece incluso que no hay necesidad de sacar a relucir argumentos que en este caso están en el corazón de todos. Basta tan sólo llamar la atención sobre el hecho. Estoy seguro que la tala empezada no puede ser otra cosa que un pequeño error y que es imposible que tenga más catastróficas consecuencias. — J. T.

Un saludo de la familia Andreu

Nos ha llegado una carta de Lisboa. La firma Pedro Andreu, el fundador y jefe de la dinastía circense que ha extendido por todo el mundo la fama de nuestro ingenio. René, Rogelio y Celito, los tres hijos de don Pedro, llevan una larga temporada actuando en Portugal, «siempre viendo cosas nuevas y, al mismo tiempo, aprendiendo, como se

dice en la carta, llena toda ella de una excepcional modestia que, una ingenua ortografía vuelve todavía más enternecedora.

El padre Andreu nos dice que en Lisboa sigue leyendo nuestro periódico y que, en su día, deleitóse con el almanaque de «Destino». Y acaba deseándonos muchas prosperidades, al semanario y a cuantos laboramos en él.

Recogemos encantados el saludo de nuestro paisano. Y al publicarlo con ánimo de correspondencia, no podemos olvidar a la otra rama de la familia, la que capitanea Polo, el primogénito de Pedro Andreu, retenido en Alemania por la afectuosa admiración de un público que, en medio de una de las más espantosas tragedias que registra la Historia, encuentra ráfagas de suavidad, lenitivo y olvido, en las tretas de un payaso español.

Humo en Egipto

Las fábricas de tabaco Abdullah, de Egipto, están paradas hoy. Compraban el papel para cigarrillos en Bretaña. Y ahora Bretaña no puede, desde hace ya tres años, enviar este delicado papel. Los egipcios, que tienen una milenaria tradición de refinamiento, no pueden admitir, por demasiado basto, el papel que fabrica la industria nacional egipcia o las fábricas americanas. Y por eso se han inmovilizado las fábricas, por no poder vestir adecuadamente estas exquisitas porciones de tabaco. De todos los fumadores, son los diplomáticos los que más se resienten. Tan sólo se puede cruzar la frontera egipcia con un paquete por persona, y con ello se restringe el goce más maravilloso, por lo efímero y por lo delicado, que era, al decir de Oscar Wilde, el desvanecer el ocio en el más frívolo y perfumado humo. Esta penuria será terrible para un diplomático de viaje o en una reunión. Porque en cuanto a fumar en pipa, los rígidos protocolos no permiten todavía su denso y cálido humo recargando el ambiente, que ha de ser de un aire muy delgado, de un salón de Embajada en recepción.

CAFE DE LA NOCHE

UN MODELO DE SALVADOR DALI

HACE pocos días, en una playa de la Costa Brava, varios intelectuales que andaban de excursión comentaban, cerca de un grupo de marineros que repasaban sus redes, la noticia de que el pintor Salvador Dalí había publicado en Nueva York sus «Memorias». Nadie había tenido aún ocasión de conocerlas, pero se imaginaban todos que debía tratarse de algo excepcional y extremamente interesante, tratándose del autor de que se trataba. El nombre de Dalí, pues, sonó muchas veces en la charla, y de pronto, con asombro natural de todos, uno de los marineros volvió la cabeza y dijo:

—A mí me cogió como modelo ese pintor de que ustedes hablan.

Gran revuelo. Se trataba de un vejete mediterráneo expresivo y vivaz, y todos le rogaron que contara aquello. El hombre se rascó la cabeza, titubeando:

—Bueno, la cosa fué un poco rara... Un día, estando en la playa, se me acercó el «senyoret» Dalí y me dijo: «Ponte ahí un poco que voy a ver si te hago un retrato». Me puse quieto y él sacó un lápiz y empezó a dibujar en un «bloc» de cuartillas que llevaba... Al cabo de un rato me dijo: «Bueno, puedes ya irte, que he terminado». Me acerqué un momento a ver

Salvador Dalí con Alexandra Danilova, Mlle. Chanel y Georges Auric

lo que había hecho y vi unas cosas que no se entendían así de pronto...

—Bueno, claro —dijo uno de los intelectuales—, le chocaría a usted no verse como en una fotografía...

—No, señor, no; es que lo que había pintado el «senyoret», después de mirarme mucho, era una mesilla de noche, muy bien hecha, en medio de la arena del mar, con caracolas y conchas a los lados...

SITGES Y CHESTERTON

Entre los innumerables visitantes ilustres con que cuenta la impar y maravillosa villa de Sitges está Chesterton, que durante varios años fué a «la blanca Subur», donde pasaba algunas semanas. No hace mucho, algunos sitgeteanos hablaban en el «Chiringuito», el famoso café de la playa, de que se debía recordar de algún modo la predilección que el gran escritor inglés tuvo por la villa. Miguel Utrillo hablaba de una lápida. Alguien dijo que quizá un busto estaría mejor. Entonces, José Antonio Martínez Sardá preguntó:

—¿No se sentaba siempre en el mismo banco, frente al mar?

Todos contestaron que sí. Y entonces Martínez Sardá dijo:

—Pues a mí me parece que lo indicado sería una estatua sentada en ese banco.

EL BAÑO Y LAS LETRAS

¿Recuerdan los lectores la firma de José Sánchez Rojas? Fué un buen escritor, publicista tan notable por sus crónicas como por su colosal descuido en lo que se refiere al personal aseo. Verdaderamente Sánchez Rojas era un escritor «para leerle», porque, sin exageración, su presencia revolvía el estómago. Pues bien, repasando unos artículos suyos se encuentra esta «perla» maravillosa que prueba la «habitualidad» que Sánchez Rojas tenía del contacto con el agua: «Por las mañanas, de buena hora, me levanto, me visto y me baño.»

EL NIÑO DE LA ESCRITORA

La escritora, gorda ella y abrumadora, tenía un niño que a su tierna edad, unos seis años, era la pesadilla del Ateneo de Madrid por sus «cargantería» y su especialidad de interrumpir toda conversación. Una tarde, Paco Vighi, acariciándole hipócritamente, le preguntó:

—Oye, nene, ¿cuándo vamos a tener el gusto de leer que has subido al cielo?

EL MUNDO Y LA POLITICA
POR ROMANO

Ciudades desiertas y refugiadas

POCAS semanas después de estallar la guerra, leímos en un diario suizo, un impresionante reportaje. Las autoridades militares francesas habían invitado a unos periodistas a visitar la ciudad de Estrasburgo. La ciudad había sido evacuada: ni un estrasburgués habitaba en ella. La soledad absoluta de sus plazas y bulevares emocionó profundamente a los periodistas. La enorme catedral estaba cerrada, cerrado el Ayuntamiento, cerrada la Prefectura, cerrados todos los comercios, todas las casas. El objeto de la invitación a los periodistas era demostrar que la ciudad se hallaba intacta y que las tropas no habían saqueado ni un escaparate. Cuando dióse la orden de evacuación no hubo tiempo ni para vaciar los escaparates. Sólo los joyeros habían retirado las joyas más importantes, pero quedaban aún en sus vitrinas numerosos objetos de valor, muchos de ellos de oro. En las fruterías y colmados los artículos alimenticios se habían podrido detrás de los cristales. Los almacenes de lujo estaban abarrotados de artículos de todas clases. En muchísimos escaparates el ramo de flores había muerto como mueren las flores en los cementerios. En las grietas de los pavimentos empezaba a crecer la hierba. Los visitantes sólo encontraron algunas parejas de Policía militar que recorrían en bicicleta la ciudad desierta.

En informaciones recientes hemos leído que la impresión que produce una ciudad evacuada, pero intacta, es más alucinante que el espectáculo de una ciudad machacada por los bombardeos. En las ciudades bombardeadas queda siempre un resto de vida: si no se hallan en la línea del frente, hay siempre muchísimas personas que se resisten a abandonarlas. Cualquier ruina que conserve unos metros de techo es convertida en hogar. Las ciudades arruinadas pueden suscitar el odio, el llanto, la desesperación: una ciudad evacuada, desierta, intacta, da miedo — decían los periodistas que visitaron Estrasburgo —. Entre la ciudad evacuada y la ciudad destruída debe haber — imaginamos — la misma diferencia que entre un muerto de pocas horas y un esqueleto. La cripta de los Capuchinos de Roma, con sus filas de esqueletos formados militarmente, produce una impresión más bien pintoresca que terrorífica, espectáculo que, probablemente, no habría interesado a Edgardo Poe.

En un futuro próximo, ante la amenaza del asalto anglosajón a las costas europeas, es muy probable que deban ser evacuadas extensas zonas de la costa atlántica y de la costa francesa del Mediterráneo. Nada tendría de particular que los alemanes obligaran a los franceses que residen en la costa, desde Cerbere a Menton, a retirarse hacia el interior. Esta medida puede afectar, total o parcialmente, a Perpiñán, Narbona, Montpeller, Arlés, Nimes, Marsella, Frejus, Cannes y Niza, y hasta a Mónaco y Menton. En todo el Mediterráneo no existe otra costa tan delicada, porque exceptuando la región de Génova, es la más densa de población. En la costa del Levante del Adriático hay grandes trayectos de naturaleza pura, lugares en los que un asalto alcanzaría daños mínimos. Lo mismo ocurre en Grecia. La costa francesa es, pues, desde el punto de vista humano, la que puede exigir una evacuación más radical.

La evacuación es uno de los grandes dramas de la guerra. El traslado de enfermos, ancianos y niños debe constituir una verdadera tribulación en cada casa. Añádase a esto la prohibición de llevarse los muebles, de tenerlo que abandonar todo, y el temor de que la ciudad pueda ser arrasada. Los habitantes de las regiones evacuadas pasan a la categoría de refugiados. Con la mayor urgencia, deben resolver los problemas del hambre y del frío. El buen funcionamiento de los servicios de socorro no puede eximir a nadie de la fatiga física, del agotamiento moral.

Un ataque por la costa francesa del Mediterráneo parece cada día más verosímil. Si la realidad confirmara esos temores, podríamos ver desaparecer alguna o algunas de esas ciudades magníficas de esa costa que eran antes el sitio de residencia más placentero de Europa.

Por esa criba gigantesca de la guerra va pasando casi toda Europa. Los problemas de la guerra anterior eran infinitamente menores. A pocos kilómetros del frente los parisienses hacían una vida casi normal. En la actualidad deben ser muchos millones los europeos expulsados de sus casas por causas diversas. Esto ha de contribuir forzosamente a aumentar la desmoralización que el Papa señala ya en su mensaje de Navidad. Un emigrante, por elevada que sea su posición o su cultura, conviértese en un ser extravagante. Sus resortes morales han de ser muy fuertes para no dejarse invadir por un negro pesimismo, fuente de todos los males morales y físicos.

Un año atrás, por esta misma época, dedicábamos nuestra crónica a esas grandes masas humanas a las que, por motivos diversos la guerra ha expulsado de sus casas y de su patria. Recordábamos entonces que también la Sagrada Familia conoció el drama de la emigración, a causa de una persecución política, poco después del nacimiento de Jesús. El sedentarismo de la Edad Media sentía especial devoción por este pasaje evangélico. Perder la casa, el puesto de trabajo y la patria era considerado como una tribulación mayor. De aquí la cantidad de ternura que los pintores de la época pusieron en el episodio de la Huída a Egipto.

Dos niñas árabes, que socorre la Cruz Roja americana, en una escuela musulmana de Argel

Acaso nadie como el Angélico expresó esto con más elocuencia. En la predela del retablo de San Marcos de Florencia vese a la Virgen montada en el asno. Su manto azul celeste la cubre de la cabeza a los pies y forma como un nido para el Niño. San José va andando a pie y contemplando un paisaje absurdo en el que las rocas, como en todos los retablos de los primeros tiempos del gótico, parecen cortadas a cuchillo, como si fueran de pasta de queso.

1944 va a ser un año terrible. Millares de familias perderán su hogar y serán dispersadas. El hambre, el frío y las enfermedades serán sus compañeros de destierro. Sus vidas dependen de la caridad del prójimo, de esa virtud de la compasión, ciertamente no agotada.

El segundo frente y el arma secreta

LA guerra de nervios ha conseguido su objetivo: estamos en pleno delirio. La invasión y el arma secreta son los temas de todas las conversaciones, la obsesión del Mundo, el pánico de Europa. Los que todavía presumen de no leer el diario, de rehuír las conversaciones sobre la guerra, deben carecer de nervios y por sus venas debe circular horchata auténtica. La indiferencia ante esa batalla que puede dejar muy pequeñas las más mortíferas acciones de esta guerra, es ya un síntoma de demencia. Por su trascendencia política, por los elementos de destrucción que van a entrar en juego, puede ser la batalla más grande de la Historia. Y esa trascendencia política y esa capacidad de destrucción afecta a todos los europeos, aún a los que tenemos la suerte de vivir en uno de esos raros islotes de paz. Es nuestro bienestar y nuestro patrimonio común lo que va a jugarse en esa batalla cuyo fragor adivina ya todo el mundo.

—¿Cree usted en la invasión de Europa?

La pregunta es muy frecuente. Nuestra respuesta es siempre la misma. Es inútil hacer cábalas. El asalto a la fortaleza europea puede venir por el norte o el sur de Francia, por el norte de Italia o por los Balcanes. Puede que ese asalto sea menos espectacular de lo que algunos suponen. Lo que es indudable es que va a ocurrir una acción militar de gran importancia, capaz de variar los términos del problema.

Es por razones políticas que creemos que no puede hacerse ya esperar ese segundo frente, un frente capaz de emplear a una gran parte de esas tropas anglonorteamericanas hoy inactivas y de atraer al mayor número posible de divisiones alemanas. Hace año y medio que se habla de la necesidad de crear un segundo frente; hace dos años y medio que Rusia lo reclama con más o menos energía y hoy lo exige con violencia. El frente del Este ha mordido ya el territorio polaco.

Se había prometido solemnemente que el segundo frente funcionaría ya en 1943. Pero al iniciar los anglonorteamericanos las operaciones en Italia, Rusia hizo observar que un frente de batalla en una península que tiene un promedio de menos de doscientos kilómetros de ancho, incapaz, por consiguiente, de atraer a numerosas divisiones alemanas, podía ser un «tercer frente», pero en ninguna manera merecía los honores de segundo frente. Los aliados han podido meditar esa réplica rusa desde principios de septiembre. En comparación con el frente del Este, se hace en el frente italiano una guerra en miniatura, algo como unas maniobras militares, una batalla teórica entre rojos y azules. El frente itálico no ha podido absorber las grandes masas de hombres que los aliados tienen en el Mediterráneo.

Mientras el frente del Este pasa ya por territorio polaco, hay dos grandes ejércitos sin trabajo en Inglaterra y en el Mediterráneo, a los que es preciso buscar ocupación. He aquí toda la enjundia del problema político del momento presente. En forma de asalto o de infiltración, con todo el aparato de los grandes espectáculos bélicos, o bien de una manera más o menos clandestina, hay que crear uno o varios focos de guerra, y no precisamente de guerra de guerrillas. La situación política lo exige con urgencia.

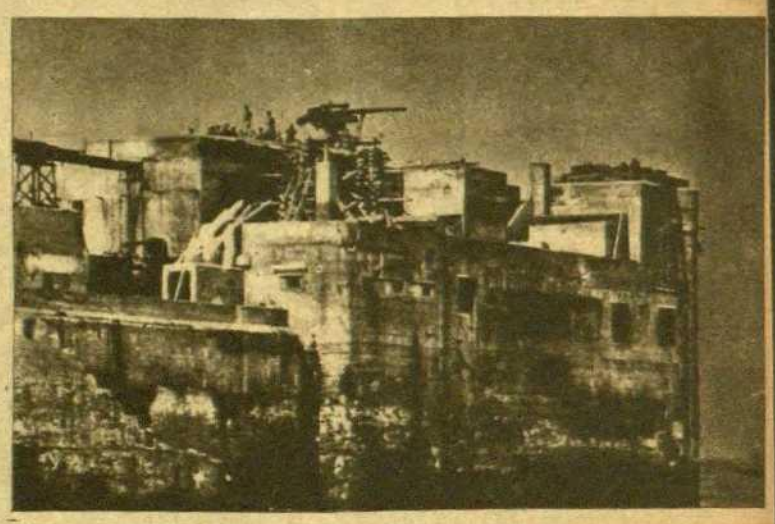
La propaganda del segundo frente habrá logrado que los alemanes retiren de Rusia cierto número de divisiones para estacionarlas en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Francia, Italia, Yugoeslavia y Grecia. Pero la propaganda no aniquila divisiones, y mientras esas divisiones, activas o inactivas, existan, acusan un peso político. El llamado «frente del Oeste», el frente de los bombardeos, substitutivo inventado por los anglosajones, por mucho que perjudique a los alemanes, deja intactas sus divisiones. Al tratarse del segundo frente, los rusos no se contentan con café-malta, y exigen lo que ahora llamamos café-café.

De no producirse con urgencia alguna novedad militar de tipo muy enérgico, la situación política del campo de las naciones llamadas unidas podría sufrir graves trastornos, peores que los sacrificios humanos que pueda acarrear una acción militar, con tal que esa acción no sea un fracaso absoluto, por consiguiente un fracaso militar y político. Los Soviets, que, según parece, obran ya por su cuenta en Checoeslovaquia y en Yugoeslavia, crearían una serie de hechos consumados. A consecuencia de esto crecería en toda Europa la irritación ante la incapacidad de los angloamericanos. El segundo frente es no sólo un urgentísimo problema de equilibrio, sino también un problema de prestigio. Todo el mundo se da perfecta cuenta de esto.

Por lo que respecta al arma secreta alemana, hay razones políticas también evidentes para creer en su existencia. No tiene ninguna importancia que esa arma sea nueva o vieja. Lo que es políticamente evidente es que una acción de represalia por los bombardeos que el Reich ha sufrido parece inexcusable. Esa expedición punitiva contra Inglaterra ha sido solemnemente prometida por Hitler y sus principales colaboradores. Claro que esas declaraciones podrían ser una finta y que el arma secreta no fuera destinada a aniquilar a la Gran Bretaña sino a sus tropas, en el caso de que se atrevan a asaltar las fortificaciones del Atlántico.

Existe, además, no un argumento, pero sí un razonamiento, de tipo sentimental, que nos induce a creer en que se aproxima algo de suma gravedad y que la propaganda alemana no exagera. Es un razonamiento de tipo catastrófico. Todo parece indicar que la guerra va a tomar proporciones de hecatombe. Los preparativos militares son tan impresionantes como la confusión política. La mano que puede descargar la bofetada es monstruosa y el paño de lágrimas muy pequeño. Los párrafos del último discurso del Papa acerca de la incapacidad moral de los grandes inventos y del progreso y acerca del ilusionismo económico, son la crítica más humana que se ha dejado sentir desde que estalló la guerra. Nos prometen cada día inventos maravillosos, aviones con o sin hélice, rapidísimos, pero la paz, la paz romana, debe ser un élixir cuyo secreto de composición se ha perdido.

En todos los caminos de Francia pudieron verse un día espectáculos como el que reproduce esta fotografía. El 10 de mayo de 1940, el gran éxodo había empezado. Hasta la firma del armisticio, más de seis millones de franceses abandonaron sus hogares huyendo en interminables columnas



En medio del Canal de la Mancha surge, por encima de la superficie, esta fortificación avanzada del muro del Atlántico, erizado con armas antiaéreas de todos los calibres

MUEBLES DE CALIDAD
"LA FABRICA"
RADAS, 20 (P. S.)-BARCELONA
TELEFONOS 35856 - 34550
Taller Exposición y venta directa al público
Proyectos y presupuestos gratuitos
Trabajos de artesanía
Precios de fábrica

El conflicto mundial

"SOLO FALTA LA VICTORIA"

¿QUÉ opina de los artículos semanales que Goebbels publica en «Das Reich»?

—Me parecen siempre muy interesantes. Puede uno no estar conforme con ellos, pero tiene que admitir que desde el punto de vista periodístico son verdaderas maravillas. El ministro de Propaganda habla siempre con la mayor sinceridad, aun a costa de herir suspicacias. O, por lo menos, posee el arte de aparentar sinceridad, aun cuando se vea obligado a envolver su tesis en una cadena de silogismos.

—Eso parece. Pues bien, en su reciente artículo expone los proyectos para después de la guerra, proyectos grandiosos, dignos de un Estado que es al par nacional y social. Y al final anuncia que para realizarlos sólo falta

El general von Rundstedt, que manda el Ejército alemán en Francia, inspecciona las tropas

—Es una verdad, aunque nada nueva. Tan verdad es que no merecía la pena enunciarla. Una vez obtenida la victoria, ya nada se opondría a la ejecución de los planes. En otros países, con otro régimen, sí que podrían existir otros obstáculos, como la existencia de una oligarquía, o la oposición de ciertos partidos o clases. En la Alemania hitlerista todo depende exclusivamente del resultado de la lucha.

—Yo creo que todavía puede ser favorable para el Reich.

—¡Qué duda cabe! El ejército ruso avanza con bastante rapidez, pero no es posible evitar que las victorias le cuesten caras. Si la lucha se prolonga, puede producirse un agotamiento. Los anglosajones preparan la invasión, pero nadie puede predecir el resultado. Ciertamente, su fracaso no significaría todavía una victoria alemana, lo mismo que la prolongación de la guerra no ha sido hasta ahora equivalente a un triunfo definitivo de los Aliados. Estos han impedido que Alemania resultara vencedora en los dos primeros años de la guerra, y esto es todo. Ha sido un triunfo indirecto; les falta conseguir el directo. Por otra parte, si para el Reich hubiera sido más fácil triunfar en la época cuando sus enemigos no estaban preparados, no es imposible suponer que pueda conseguir la victroia, si bien mediante sacrificios más duros que en 1940. Ninguna nación es invulnerable, si bien unas lo son más que otras. La inmensidad de su territorio protege a Rusia. La lejanía salvaguarda a los Estados Unidos. Las flotas unidas de las dos grandes potencias anglosajonas dificultan un desembarco en Inglaterra. Pero quizá sea posible destruir al ejército ruso, sin necesidad de llegar otra vez al bajo Volga. Acaso sea también hacedero castigar a la Gran Bretaña más duramente que en la ofensiva aérea de 1940. Mucho se habla del arma secreta, y hay que suponer que los estadistas alemanes no lo harían sin tener sus motivos; no ignoran el efecto que produciría la inexistencia del arma secreta, después de haber anunciado tantas veces su próxima entrada en acción. Y si puede haberla en el aire, ¿por qué no puede haber otra contra los mercantes y los buques de guerra? El Führer dice que los anglosajones han inventado algo contra los submarinos, y al invento atribuye el estancamiento de la llamada batalla del Atlántico. ¿Por qué han de tener los alemanes menos suerte con sus inventos? Nadie ha olvidado la acción desastrosa de las minas magnéticas. Ciertamente, se ha inventado algo eficaz contra ellas, pero nadie nos asegura que pueda haber otras minas magnéticas o algo por el estilo. Ya ve que Alemania puede esperar todavía la victoria.

—Estamos de acuerdo. Puede esperarla, pero sólo si la guerra se prolonga.

El Dr. Goebbels, con el Führer, en una ceremonia fúnebre por los caí[dos] en el frente

— Así es. El que ataca desea que la lucha termine pronto. Y el que se defiende, tiene interés en que se prolongue, para prepararse mejor. Por esta razón hablaban los alemanes en la primera fase de la lucha de una guerra relámpago, mientras que ahora estiman que el tiempo les favorece. Por la misma razón desean ahora los aliados que progrese rápidamente la ofensiva rusa, y dé buen resultado, ya en el primer ensayo, la invasión del Continente. Alemania tiene interés en lo contrario: en la prolongación del conflicto, para ver si mientras tanto sus técnicos consiguen inventar algo contra la acción desastrosa de los bombardeos anglosajones y el poderío de sus flotas. Alemania no se rinde, porque todavía puede esperar el triunfo, y aunque no esperase ya nada bueno, tampoco se repetiría la rendición de 1918. Para ello la Alemania nacionalsocialista es demasiado bizarra.

¿No opina usted que las condiciones que pone para un posible triunfo alemán sean de realización sumamente difícil?

—Puede ser que sí, puede ser que no. Yo, desde luego, nada entiendo de mecánica, así que no inventaré nunca nada contra los aviones. No sé en absoluto si el rayo de la muerte es una utopía o una posibilidad: el rayo que haga parar los motores. Su invento daría a los alemanes la victoria en breve plazo. Tampoco soy militar e ignoro si el Ejército alemán dispone todavía de bastante fuerza para acabar con el ruso. Pero me imagino que éste no será invencible. Un cambio radical en el frente del Este; un invento técnico de gran eficacia por mar o por aire, ¿se[a] tan imposible imaginarnos algo en [los] terrenos?

—Veo que usted no considera ab[so]luta la frase de Goebbels «sólo nos f[al]ta la victoria».

—Claro que no. Es una verdad de[ma]siado sencilla, pero no es ningún [di]sparate. Ya nos ha anunciado el Führer su tesis de que hasta la últ[ima] batalla —la que más cuenta— ning[ún] país puede estar seguro de la victo[ria] final. Alemania lucha, porque un pue[blo] como el germano no puede desespe[rar]. Las apariencias van en este mome[nto] contra sus esperanzas, pero nadie [es]gura que la situación no pueda cam[bi]ar en las próximas semanas. Su v[ic]toria no parece verosímil, pero no [es] imposible, ni mucho menos.

ANDRES REVES

¡DECISION! En el nuevo [...] tiene usted [...] realizar el propósito de mejorar [...] condiciones para triunfar sólidam[en]te en la lucha por la vida. Pida u[s]ted hoy mismo la información gr[a]tis TECNOPOST: Lauria, 98 BARCELO[NA]

MADERAS
Joaquín Palacín
Marina, 224 - Teléfono 55[3]
BARCELONA (13)

PROYECTOS...

El plan Keynes, dice: Todos los países forman parte de un organismo central que inscribe las compras y las ventas que se hacen. La unidad monetaria es una nueva moneda internacional, el «Bancor». Todas las cuentas de las compras y de las ventas pasan por este organismo. Si usted tiene un pasivo, es decir, si sus compras son más importantes que sus ventas, se le abre un crédito bancario. Lo mismo, las naciones que venden más que compran, se encuentran con un crédito a su favor, en el organismo internacional. Pero no lo pueden cobrar inmediatamente. Lo dejan a cuenta a este organismo internacional. Pero donde el plan Keynes es original, es en el prever que los países que tienen «superávit» tendrán que tomar medidas para comprar más a los países que tienen «déficit». De manera que, con un cierto tiempo, los países deudores podrán rescatar su deuda y equilibrar la balanza del comercio exterior. El resultado es que el país cuya cifra de exportación es menor que la de importación, no tendrá que enviar sus riquezas al extranjero, y en vez de restringir sus compras, podrá comprar todo lo que le es necesario. En otros términos, es como si se llegara a un acuerdo entre el comerciante y el parroquiano y que el comerciante facilitara a su parroquiano ordenándole trabajos de utilidad para su tienda.

—El plan White es diferente, porque prevé la creación de un fondo de estabilización central. Este fondo tendrá una caja constituida con fondos en oro, en numerario y en valores de Estado de todos los países participantes. El también facilitará, en menor medida, empero, el equilibrio de la balanza comercial. Pero prevé que este fondo podrá dar consejos a los países que no tienen equilibrio en su comercio y, en general, en sus pagos. Y cada país tendrá un derecho de voto proporcional a la importancia de su cuota en oro, lo que haría que los Estados Unidos, que es el país que tiene más oro, y, eventualmente, Inglaterra, tendrían prácticamente el control de la economía mundial.

Todo país, superada la amenaza del déficit de su balanza comercial a compensar, tendrá interés en comprar el máximo, porque cuanto más compre más venderá, y lo que compre, fatalmente lo consumiremos nosotros. Es decir, que el Estado tendrá interés en fomentar el consumo y, automáticamente, se tendrá una elevación del nivel de vida de cada individuo, y, por consecuencia, de cada familia.

Claro que para todo ello es menester que antes concluya la guerra. Y después, no hay que olvidar que Keynes propuso su plan en 1920, y que este plan fué rechazado por los políticos. Es verdad que en aquella época no se hacía la guerra por la felicidad del Mundo, mientras que ahora los beligerantes no piensan más que en eso, o por lo menos lo dicen...

Objetivo del plan Keynes y del plan White: asegurar el equilibrio de la balanza comercial y de la balanza de los pagos de las naciones por la creación de una unión internacional de compensación.

Plan KEYNES (Inglés)	Plan WHITE (Americano)
a) Se concede a cada país el derecho de girar a descubierto hasta una cantidad determinada o cuota.	*a) Todos los países participantes instituyen un fondo.*
b) Esta cuota tiene por objeto permitir a un país que tiene un déficit en su balanza comercial, reajustarlo.	*b) La cuota varía según las posibilidades. El pago inicial tiene que ser el 50 % del pago total.*
c) El plazo concedido puede ser de dos años para el reembolso del descubierto.	*El 12 ½ % pago en oro; 12 ½ % en moneda nacional.*
d) Recomienda a los países que tienen un superávit aumentar sus compras.	*25 % restante, en Títulos de la Deuda o en valores nacionales.*
e) El plan Keynes tiene una tendencia expansionista, es decir, que tiende a aumentar el consumo.	*c) Si el país tiene menos de 300 millones de dólares en oro, entrega únicamente el 7 ½ % de su cuota.*
f) Unidad monetaria internacional: el «Bancor».	*d) Todo país puede disponer de un crédito que equivale al 150 o al 200 por ciento de su cuota, que tiene que reembolsar en los dos primeros años.*
	e) El mayor subscribiente tiene votos proporcionales a la importancia de su cuota.
	f) El plan White es más suave para los creditores.
	g) La unidad monetaria internacional es la «Unitas», cuyo valor es equivalente a diez dólares actuales.

EL FUSILAMIENTO DE CIANO Y DE DI BONO

HE de confesarlo paladinamente: para mí ha sido uno de los detalles más impresionantes de esta terrible guerra. ...no de los más significativos del ...lo de dureza, de implacable fe...dad en la lucha política que vi... nuestro triste mundo. Repasemos ...poco los hechos que han llevado al proceso de Verona.

∴

...ay que consignar, ante todo, ...detalle imprescindible. Según se ...do sabiendo posteriormente, el ...de Ciano, desde su puesto de ...istro de Negocios Extranjeros ...Italia, representó, entre septiem... del 39 y junio del 40, la políti... de no intervención en la gue... Según el discurso de Hitler, ...inado a explicar los sucesos de ..., Mussolini estaba comprome... a entrar en guerra tan pronto ...iciera Alemania, la cual creía ... el acuerdo iba a cumplirse. ...a, pues, de cierto en los rumo... sobre una supuesta petición del ...rer al Duce para que aplazara ...ntrada en liza. Italia, verdadera...te, estuvo dudando durante va... meses —en pugna sorda inter...cionistas y neutralistas, según ... también Hitler— y no intervi... hasta que, espoleados sin duda ... los éxitos alemanes, los parti...os de la intervención —o sea ...solini y el ala extrema del fas...o— se impusieron. Resulta to...ello del dicho discurso de Hitler ...ado de aludir.

...ntrada en el palenque, Italia ... pobre papel militar. Hay que ...ar a tal hecho una explicación ...encima de todas: el país no ...ía la guerra. La lucha era im...ular. Se puede hablar de «trai...», pero cuando la supuesta ...ión alcanza una extensión tal ...s lícito cerrar los ojos a la evi...ia de que los dichos «traidores» ...erpretan, en realidad, un estado ...animo colectivo, equivocado o ...que esto aquí no interesa, pero ...vo y poderoso.

Galeazzo Ciano

...cierto es que al consumarse ...rdida de todo el Imperio colo... italiano —incluso las provin... de Libia, consideradas como ... integrante de la madre pa... el estado de la opinión llegó ... pésimo. El desembarco en Si... y los formidables bombardeos ...ajones, especialmente el de ..., —con fines más políticos ...militares— acabaron de hacer ...rable la atmósfera. La entrega de las riendas del Partido al fascismo más entusiasta y resuelto fué un intento de galvanizar un cadáver: el de la resistencia y la combatividad italianas.

En estas circunstancias, fué convocado el órgano supremo del Par-

Mussolini, en un desfile de «bersoglieri»

tido. El Gran Consejo Fascista —cuya última sesión había sido el 7 de diciembre de 1939— quedó reunido el 24 de julio y comenzó por oír un informe de Mussolini sobre la situación político-militar del país. Luego, Grandi presentó una orden del día cuyo alcance histórico ha sido formidable. Por ello, justamente vale la pena de reproducirla íntegra.

Decía así: «El Gran Consejo »Fascista, reunido en estos días de »la última prueba, dirige especial»mente sus pensamientos a los he»roicos combatientes de todas las »armas que luchan al lado de la »valiente población siciliana, en »cuya seno la fe del pueblo brilla »más a fin de renovar las nobles »tradiciones de bravura y espíritu »indomable de sacrificio que alien»ta en nuestras gloriosas fuerzas »armadas. Después de haber exa»minado la situación interior e in»ternacional y la dirección de la »guerra, desde el punto de vista po»lítico y militar, proclama el sa»grado deber de todos los italianos »de defender a cualquier precio la »unidad, la independencia y la li»bertad de la patria; los frutos de »los esfuerzos de cuatro generacio»nes habidas desde el «Risorgi»mento» hasta hoy; la vida moral »y material de todos los italianos »en esta hora grave y decisiva para »los destinos de la Nación. Decla»ra que a este fin, la reanudación »inmediata de todas las funciones »del Estado, es necesaria. Así la »Corona, el Gran Consejo, el Go»bierno, el Parlamento y las Cor»poraciones recibirán las tareas y »las responsabilidades que les han »sido fijadas según los artículos de »la Constitución y de los Estatutos. »Exhorta al Jefe del Gobierno a »que pida a S. M. el Rey —hacia »quien se dirige fielmente el cora»zón de todo el país, pleno de con»fianza— tome con el Alto Mando »efectivo de todas las fuerzas ar»madas de Tierra, Mar y Aire, se»gún el artículo 5 del Estatuto de »la Casa Real, esta suprema inicia»tiva de resolución que le procu»ran nuestras Instituciones y que »han sido siempre en nuestra his»toria la fuerza gloriosa de nuestra »alta dinastía de Saboya.»

La orden del día iba firmada, además de Grandi, por Di Bono y De Vecchi (cuadrimviros los dos) y por Ciano, Di Marsico, Acerbo, Federzoni, Pareschi, Cianetti, Bottai, Balenna, Gottardi, Bignardi, De Stefani, Rossoni, Marinelli, Alfieri, Albini y Bastianini. Es decir, por los elementos procedentes del nacionalismo y por los representantes del ala derecha del fascismo.

Grandi pidió votación nominal; se originó una discusión acaloradísima — se ha dicho que Mussolini llegó a abofetear a Ciano— que duró diez horas y fueron presentadas otras dos proposiciones: una por Farinacci y otra por Scorza, en sentido mussoliniano ambas, pero más enérgica la primera. Finalmente, a las tres de la madrugada del 25 de julio, era aprobada por 19 votos contra 7 la propuesta de Grandi. La de Farinacci no obtenía más voto que el suyo, y Scorza retiraba su orden del día, visto el resultado de la primera votación.

Lo demás, en la parte que se ha sabido, es también muy conocido. Lo cierto es que la famosa sesión nocturna del 24 al 25 de julio de 1943, significó la decapitación del fascismo por su propio órgano colegiado supremo.

∴

El proceso y las ejecuciones de Verona tienen un valor predominantemente político, muy por encima del jurídico o legal. No cabe duda que, legislación fascista en mano, la reunión celebrada en Roma entre el 24 y el 25 de julio, de acuerdo con las disposiciones correspondientes, podía adoptar los acuerdos que tuviera por conveniente pues, incluso competía al Gran Consejo el derecho de nombrar al Jefe del Gobierno y, desde luego, al Duce del fascismo. Si, pues, el Partido había substituído al Rey en aquella suprema prerrogativa del Jefe del Estado, no hay ninguna razón jurídica para que no se la pudiera devolver y con ella otras. Y la prueba está en que Mussolini acató el acuerdo presentando la dimisión a Víctor Manuel III.

Surge una pregunta importantísima, ¿intervinieron, por bajo mano, otras acciones e intrigas cuyo carácter grave pudiera resultar jurídicamente punible? Esta, que es, en realidad, la parte más interesante del proceso de la crisis italiana, lo ignoramos completamente. Y ello impide formar un juicio definitivo en tal sentido.

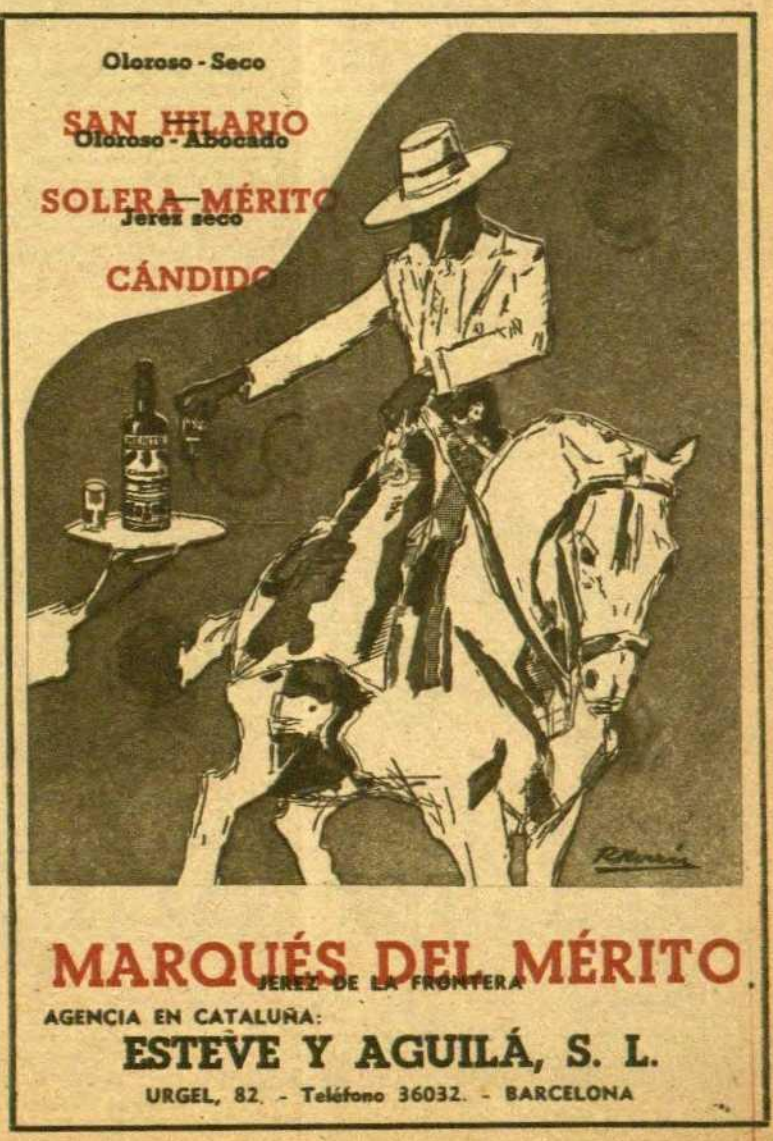
Ahora bien, otra cosa es desde el punto de vista político. En el orden interior, en primer término, es evidente que el 25 de julio y sus consecuencias, representaron la ruptura absoluta entre las dos alas o masas de fuerzas que formaban el

Di Bono, con Balbo y De Vecchi, en los años de la guerra abisinia

compromiso sobre que se asentaba, en realidad, por lo menos en su origen, el régimen italiano. De un lado, las fuerzas que pudiéramos llamar monárquicas, reaccionarias y conservadoras; del otro, los elementos republicanos, revolucionarios y radicales. Ya dispuesto a prescindir en redondo de toda consideración personal o política el fascismo, al declararse republicano, había de castigar implacablemente a los que originaron la tremenda crisis, para ser lógico con sus principios de obediencia total y violencia sin contemplaciones. Lo ha hecho con tal eficacia que, de ahora en adelante, la sangre separa a los dos cuerpos que un tiempo marcharon juntos.

Sin embargo, el proceso de Verona y sus trágicas consecuencias, no tendrían una explicación completa, ni siquiera un enjuiciamiento exacto si se mirara solamente a la política interior italiana. Sobre todo teniendo en cuenta que los italianos no gustan de crear lo irremediable. Al contrario: hay que ver en aquellos tremendos hechos una jugada de política exterior de la mayor trascendencia. Verona sirve para probar, en unos momentos en que al futuro e hipotético asalto militar al Continente precede un real y actual asalto político-propagandístico, que la mano de los dirigentes de la defensa sería implacable con quienes flaquearan en el cumplimiento de la consigna de sostener la actitud actual hasta el fin. Verona, en una palabra, es un resultado lógico de la rápida reacción alemana al producirse la rendición de Italia. Y obedece a los mismos principios de aleccionamiento. Este es, sin ninguna duda, el aspecto más importante de la tragedia.

SANTIAGO NADAL



BORNEO

LA ISLA DEL SULTANATO BLANCO DE SARAWAK

REPORTAJE POR MANUEL BOSCH BARRETT

Hace algún tiempo apareció en la Prensa la noticia de que un frutero de Alicante había contraído matrimonio con la hija de «sir» Harry Brooke, rajah de Sarawak. Aprovechamos la ocasión para reproducir un reportaje de nuestro colaborador Manuel Bosch Barrett sobre el sultanato blanco de la isla de Borneo.

EL SULTAN BLANCO

EN la costa occidental de Borneo, existe un reino malayo propiedad de un rajah blanco. La historia de este país, el diminuto reino de Sarawak, empieza en 1839, año en que el caballero de fortuna James Brooke abordó a aquellas riberas, hasta entonces casi ignoradas.

James Brooke había nacido en Benarés, en la India inglesa, de padres ingleses que nunca pudieron imaginar el extraño destino que aguardaba a su hijo primogénito. Thomas Brooke, su padre, era un empleado de la Compañía de Indias; James, a los diez y siete años, entró a formar parte de las tropas reclutadas para luchar contra la insurrección

Un viejo cazador de cabezas

de los burmeses. Allí fué herido de gravedad y tuvo que abandonar definitivamente su carrera militar. Llevado por su amor a las aventuras viajó por China y por Malaca, iniciándose en el conocimiento de las costumbres y los idiomas indígenas.

En aquellos tiempos las rutas marítimas de Extremo Oriente eran quebradas a menudo por los piratas; el terror reinaba sobre el mar y la vida y la hacienda de los hombres contaba poco, por no decir nada. Bandas de piratas navegaban entre las costas de China, de Filipinas y de Borneo, infundiendo el pánico, saqueando, asesinando y luego de cometer los más terribles desmanes dejaban las costas ardiendo en sangre.

Ante este estado de cosas, James Brooke, decidió acabar con la piratería y con todas las atrocidades que esta cometía; su ambición de aventurero le lanzó al mar y resolvió restablecer el orden y la disciplina, donde reinaba la muerte y el saqueo.

En 1835 murió su padre, dejándole una fortuna bastante cuantiosa, que le permitió realizar su sueño al cabo de pocos años.

Adquirió un navío que bautizó con el nombre de «Royalist», lo armó con cañones y un fuerte velamen, reclutó una tripulación de hombres seguros y aguerridos y, después de navegar a la aventura durante algunos meses, llegó a Singapoore.

En aquel tiempo, el rajah Muda Hasim reinaba sobre Sarawak, pero reinaba también el desorden en el país. Los piratas malayos castigaban las costas, de acuerdo con los dayaks, igualmente crueles y sanguinarios en la guerra; los piratas filipinos de Mindanao aumentaban el pillaje y la destrucción.

El rajah Muda Hasim dependía del trono del sultán de Brunei y debía probablemente sucederle; era un hombre apacible, pero de un carácter demasiado débil para reinar en aquellos tiempos de desorden, y ambos eran feudatarios del príncipe de Brunei, Pongeran Makata, sultán violento y arbitrario, cuya absurda administración de la justicia provocaba la discordia entre las tribus indígenas. Por ello, los malayos y los dayaks se levantaron a la vez y estalló la guerra civil.

Esta era la situación cuando, en 1839, James Brooke llegó a Singapoore a bordo de su «Royalist». Poco tiempo hacía que un barco inglés había naufragado en las costas de Sarawak y el rajah Hasim había acogido amistosamente a los náufragos. James Brooke se hizo a la mar llevando a bordo regalos y el testimonio de agradecimiento que el Gobierno inglés le mandaba.

Brooke llegó a Borneo en agosto y fondeó delante del pequeño poblado de Kuching, hoy capital de Sarawak, situado sobre el Sadong, a doscientos kilómetros de su desembocadura, entonces mísero poblado, con una población de ochocientos malayos y algunos chinos comerciantes.

Al llegar Brooke a Kuching, a entregar el afectuoso testimonio, Hasim le pidió que le ayudase a sofocar la revuelta, para lo cual le dió plena libertad de visitar la región situada al oeste de Kuching y la parte del distrito de Sadong que cubría parte de la frontera holandesa. Brooke vió entonces que se le ofrecía una ocasión única para formarse una idea sobre las posibilidades del país y el carácter de sus habitantes; regresó a Singapoore, expuso su plan al mundo de las finanzas, logrando interesarlo en él y en su creencia de la posibilidad de establecer relaciones comerciales entre los dos países.

Cuando volvió a Sarawak, al año siguiente, la situación se había agravado. No era su intención permanecer mucho tiempo en la isla, sino seguir hacia las Filipinas y China, pero una tentadora oferta del rajah cambió sus planes. Brooke se comprometía a sofocar la revuelta y restablecer el orden y la autoridad en el país, a cambio de lo cual Muda Hasim le cedía el poderío sobre todo Sarawak y el distrito de Siniawan, renunciando en su favor al título de rajah.

Estipulado el pacto, empezó la lucha, que fué de corta duración. Después de algunos combates muy duros, los rebeldes se sometieron a condición de que fuese Brooke quien reinase sobre el país.

Restablecida la paz sobre el Sarawak, intentó Muda Hasim substraerse a lo prometido, pero no era hombre Brooke para abañdonar sus derechos ni tolerar que se faltase a una palabra que le había sido dada, y exigió su cumplimiento. El país entero recuperó el orden perdido; los príncipes malayos fueron restablecidos en sus puestos, las familias nobles recobraron sus prerrogativas y privilegios, los funcionarios infieles fueron destituídos y reemplazados. Kuching fué fortificado y se formó una guarnición; toda violación a la ley fué severamente castigada, algunas bandas de piratas que habían intentado insurreccionarse fueron derrotadas y tuvieron que someterse, después de haber sido casi aniquiladas.

Sólo le faltaba al rajah Brooke obtener el reconocimiento de su título por parte del sultán de Brunei.

Unos años antes, un velero inglés había naufragado delante de Brunei y la tripulación había logrado ganar la costa, pero contrariamente a lo hecho por Muda Hasim, el sultán, sin otra forma de proceso, había hecho prisioneros a los marinos, se había apoderado de todo el botín y los había tratado de una manera inhumana. En cuanto el rajah Brooke se enteró de lo ocurrido, mandó a su «Royalist» con la orden de exigir la inmediata libertad de los prisioneros.

No dudando de que el sultán no accedería fácilmente a la exigencia, logró Brooke avisar a Singapoore lo que ocurría, y de allí salió el «Diana», de la Compañía de Indias, el cual, al llegar a Brunei, dió a elegir al sultán entre entregar sin demora a los prisioneros o sufrir un bombardeo en su palacio. La elección para el sultán no fué dudosa.

Brooke en persona se presentó en Brunei y recibió a su bordo a los liberados. Ante aquellos argumentos contundentes y ante su exhibición de poderío, el sultán reconoció a Brooke el título de rajah, desposeyendo de él a Muda Hasim, bajo condición de que pagaría veinticinco mil libras esterlinas anuales al sultán y conservaría a la población su libertad religiosa.

El documento fué firmado en agosto del año 1842, y el 18 de septiembre, James Brooke, el rajah blanco, tomó posesión de su nuevo territorio.

Momias igorotas

LOS CAZADORES DE CABEZAS

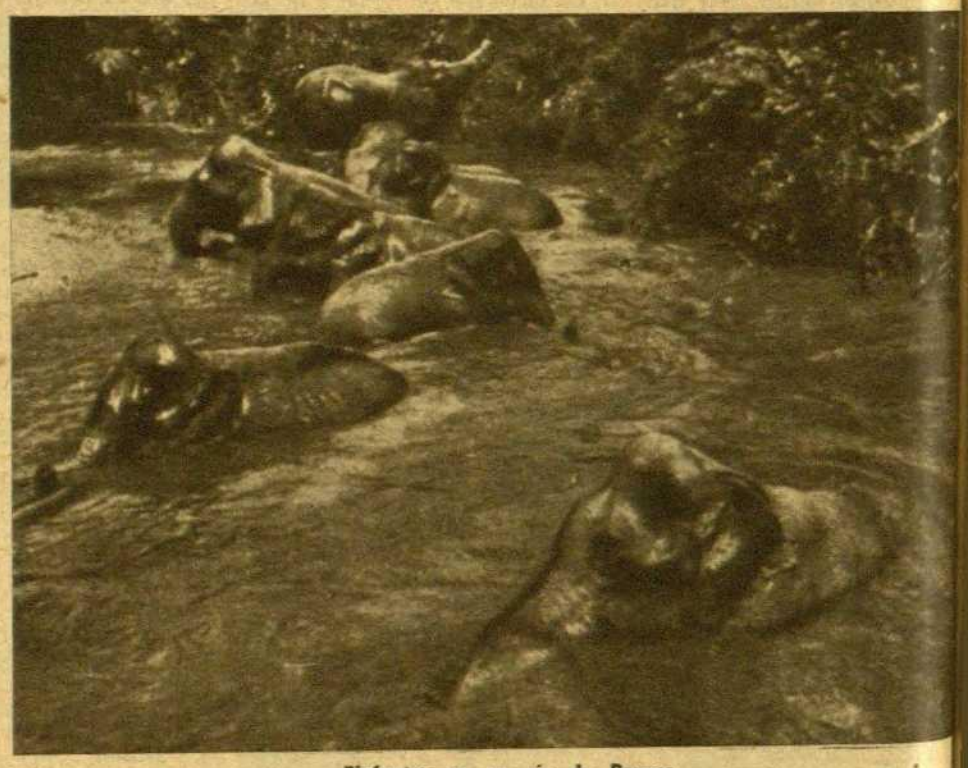
Borneo es, sin duda alguna, una de las islas más primitivas de la Tierra. Esta isla, atravesada por el Ecuador, cálida e insalubre, encierra en sus selvas vírgenes los animales más primitivos de la creación y, cerrados por las altas montañas del centro, viven fabulosas manadas de elefantes, los pitones más gigantescas y los orangutanes descendientes de aquel «pitecantropus erectus» que, según las teorías darwinianas, dió origen a este ser absurdo e imperfecto que se llama hombre.

Uno de los primeros navegantes que da cuenta de la existencia de esta inmensa isla es Pigafetta, uno de los supervivientes de la expedición de Magallanes; describe el pequeño sultanato de Brunei, nombre de donde probablemente deriva el de la isla entera, como uno de los más suntosos que puede vestir la imaginación. Refiere que de todo los países vecinos llegaban mensajeros ofreciendo regalos y el fausto de la corte era tal que iban los cortesanos vestidos de oro, recamado con ricas pedrerías. Esta antigua Babilonia es hoy un poblado de pescadores montado sobre estacas, a algunos metros de elevación de una agua insalubre y fangosa y habitado por algunos salvajes miserables.

El sultanato de Brunei sigue siendo gobernado por el sultán, pero de hecho está bajo el dominio de Inglaterra. El fausto de Majapahit, el poderío de Sri Maja, las riquezas enviadas por los emperadores Ming al crearse las relaciones comerciales entre China y Borneo, están hoy en manos de un funcionario inglés con casco colonial que controla hasta los más pequeños gestos del sultán y abre su correspondencia.

Entre las razas que pueblan Borneo destacan los dayaks, nobles y sanguinarios a la vez. Es una raza dominada por las obscuras sensaciones del misterio; todo lo inexplicable ejerce sobre ellos un atractivo, y no es raro verlos durante horas enteras con la mirada encarcelada en incomprensibles meditaciones. El dayak cree que cada hombre tiene su protector secreto, que generalmente es el espíritu de un amigo o un pariente muerto, y su constante preocupación es saber en qué forma este espíritu se le aparecerá. Unas veces está encarnado en un jabalí, y entonces sale en su busca. Si sabe que alguien le ha dado muerte, compra la cabeza, la lleva a su casa y hace ante ella los sacrificios rituales. Pero de todos los ritos de los dayaks el más apasionante es, sin duda alguna, la caza de cabezas humanas.

Basta pronunciar en presencia de un dayak las palabras «Potong Kapala» para ver sus ojos brillar con un fuego en el que es difícil saber qué arde más si crueldad o entu-



Elefantes en un río de Borneo

siasmo. La caza de cabezas es necesaria para traer el buen tiempo, para hacer la cosecha abundante, para llenar el bosque de caza, para dar fecundidad a las jóvenes parejas. Es una institución que tiene en el corazón del indígena raíces muy hondas, y su práctica está sometida a extrañas prescripciones y formalidades.

Un hombre no goza de completa consideración mientras no ha conquistado una cabeza y ha probado así su valentía. ¡Mejor todavía si es capaz de traer dos o tres! Entonces puede adornar sus orejas con dientes de tigre, puede ostentar en su antebrazo tantos tatuajes como cabezas ha logrado; puede hacer la corte a las jóvenes dayaks.

Quien no ha cortado una cabeza no cuenta a los ojos de una muchacha dayak. Hay una leyenda que refiere que un joven dayak cortejaba a una muchacha, pero ésta le dió a comprender que no había dado todavía prueba de su valor y de su virilidad. Salió el joven guerrero de caza, pero sólo logró matar un ciervo, que fué desdeñado por la bella. Una nueva expedición le permitió volver cargado con un enorme orangután, pero la presa no tuvo, a los ojos de la adorada, mayor valor que el ciervo. De nuevo se lanzó el enamorado al campo, y al ver a su futura

suegra plantando unas legumbres, le cortó la cabeza y regresó con su sangriento trofeo. La joven no reconoció la cabeza mutilada, y con una sonrisa llena de promesas le dijo: «¡Esta vez eres un hombre, puedes tomarme!»

El dayak acostumbra a ser amable y hospitalario, pero se vuelve cruel y sanguinario cuando va en busca de sus trofeos. Afila su espada y parte con sus compañeros. La hora es grave. Todos están decididos a conquistar una cabeza para asegurar su porvenir, y desgraciado de aquel a quien la suerte no favorezca, porque será despreciado de todos, y en especial de las mujeres. Algunas veces es él quien muere en la contienda y su cabeza sirve de trofeo a su enemigo, que pocos días antes no lo era. Silencioso como una alimaña se arrastra por la selva, llevando en una mano el terrible sable, en la otra la cesta de mimbre donde pondrá la cabeza. Hombre, mujer o niño, todos son buenas presas, porque todos tienen cabeza. Cuando divisa a su víc-

El actual rajah de Sarawak

tima, con un salto de felino y un aullido escalofriante, de un solo tajo hace rodar la cabeza por el suelo.

Con su preciosa carga emprenden el regreso. La tribu entera les espera; hombres, mujeres y niños aclaman a los héroes y admiran el precioso botín; las mujeres ostentan sus más preciados atavíos, sus más valiosos adornos, y las cabezas son llevadas en cortejo, escoltadas por centenares de guerreros con lanza y escudo, y tiene lugar, entonces, una gran fiesta.

En el centro del poblado cerdos y gallinas son sacrificados, y los hombres se enrojecen con su sangre mientras los especialistas rascan las cabezas para quitarles la carne y vacían los ojos. Algunas veces la piel de la cara se conserva y los hombres comen un trozo de ella para adquirir fuerza y valor. Los cabellos son distribuidos entre los hombres adultos, que adornan con ellos sus escudos y su breve atavío; los cráneos quedan propiedad de la tribu después de haber sido expuestos a la humareda de un fuego lento que los cuesta. Frecuentemente este fuego es el mismo en que se cuecen los manjares, sin que el olor repugnante de carne humana moleste a nadie.

El indígena cree que el espíritu del muerto sigue morando en el cráneo y trae la felicidad al hogar si recibe en él buenos tratos. Por esto es frecuentemente objeto de la más grande solicitud, recibe alabanzas y palabras aduladoras, los manjares más delicados le son destinados y se le rocía con el más caliente alcohol de palma.

Quien ha conquistado en vida un cráneo, se asegura un esclavo para después de su muerte; por esto la caza de las cabezas es más un rito religioso que una lucha guerrera; nada complace tanto a los dioses como un sacrificio humano. Parece que antiguamente se contentaban con el escalpo, pero las mujeres les reprocharon la insuficiencia del sacrificio y empezaron a cortar la cabeza entera. Es éste un favor más que debemos a las mujeres.

SARAWAK EN LA ACTUALIDAD

Charles Brooke, hijo de James, el primer rajah de Sarawak, sucedió a su padre y, como él, tuvo amor a la tierra que le pertenecía, pero ni uno ni otro dieron a su reino el empuje que hubiera podido dársele. El actual rajah, Byner Brooke, es un deportista entusiasta, ávido de placeres, que vivía casi constantemente en Inglaterra antes de la guerra actual, dejando la administración de su reino en manos de un «Chief Secretary» poseedor de poderes omnímodos, pero este estado de cosas no es del gusto de los indígenas, que después de haber adorado a James y a Charles Brooke, consideran, acaso con razón, como una vejación el desdén y menosprecio demostrado por su soberano, Byner Brooke, el rajah blanco de Sarawak.

AGOTANDO EL TEMA TEATRAL

LAS TREINTA Y SEIS SITUACIONES DRAMATICAS

por JULIO COLL

«Gozzi sostenía que sólo existen 36 situaciones trágicas. Schiller se dió a la preocupación de dar con un mayor número; pero no encontró otras que las indicadas por Gozzi.»
(Goethe, «Conversaciones con Eckermann»)

NI una más. Sólo treinta y seis situaciones dramáticas. Resulta espantable ver reducidas a tal número nuestras posibilidades emocionales; tal limitación apenas es capaz de sugerirnos un mundo anímico auténtico, y, ni por asomo, tan inmenso como la imaginación fomenta gratuitamente. Estoy seguro que, llevado por la más absoluta incredulidad y alentado por más de una apuesta de «ateneo» o «casino», Polti, Georges Polti, autor del libro que lleva este título y que encabeza con la cita que reproducimos —escamoteando lo trágico por dramático— se lanzaría, con audaz sintetismo, a la conquista y catalogación de gran cantidad de obras, con el solo objeto de superar la rotunda afirmación de Gozzi, no desmentida, según Goethe, por Schiller. Su original ensayo vió la luz allá por el año 1922 después de Jesucristo. A presión entre dos guerras.

Posiblemente, de no contar con un número preestablecido, jamás hubiera realizado su ensayo. Pero teniendo en cuenta que la voz de Gozzi, en este caso, pesaba no tanto por extravagante como por meditada, Polti no podía aventurarse a un examen a la ligera. Así, pues, si, como es previsible y natural, en avanzadilla sobre el terreno, logró captar el tema diferenciado de ciento cincuenta títulos —atendiendo a que trabajaba con más de mil, en realidad— pudo creerse en posesión de un mayor número de situaciones dramáticas. E inmediatamente, con fervorosa intención, iría descartando situación tras situación, partiendo, claro está, de su raíz conflictiva, sin atender las derivaciones psicológicas de los tipos ni a sus situaciones menores o consecuentes.

Ello le obliga en la mayoría de los casos —por no decir todos— a prescindir del personaje, a menos que, como en el caso de la locura, el personaje detente en sí la situación dramática valedera. Descarta el caso «enfermedad», por cuanto puede asociarla a la XVI (1) situación, o quizá porque no se atreve a considerarlo, con exclusión de otro problema adjunto, de una absoluta «legalidad» conflictiva. Por este mismo derrotero, acorta las posibilidades del símbolo. No puede extrañarnos. Potencialmente, el símbolo no es más que una caricatura altiva, de gran ambición humana. Y por humano, si Polti lo acepta, sólo es para considerar su raíz argumental y sólo con relación a la situación dramática en que pervive.

Téngase en cuenta que me refiero a un ensayo que se ampara en la distancia de veinte años. El tal libro, a más de ser ingenioso, fija un momento importantísimo del teatro en general. Arranca precisamente de un momento en que la escena, borracha de grandilocuencia, andaba a la localización de nuevas pulsaciones. Es cierto que las halló, pero falsas, negativas, de una efímera calidad substantiva, precisamente por lo que tenían de «emociones» intelectuales. Estas «emociones» que trataban de imponerse a la fuerza y sin la espontaneidad de lo «cómico» de Bergson —aunque en esencia, siendo opuestas, confluyan en el mismo mecanismo en su forma rígida disparada a la inteligencia pura—, culminaban en las inteligentes virutas de Bontempelli, que durante un tiempo sólo hizo teatro con emociones aristadas a pases de garlopa. La vigencia del libro, pues, procede de unos chispazos que sólo se producen en un ambiente determinado y en según qué sectores. De todas formas, lo clásico es creer en la diana del momento: el corazón perdía su prestigio. Todas las artes habían vivido la genial rebeldía del momento, en lucha contra el último baluarte de un romanticismo virtualmente desaparecido. Seguían con sus «trucos», pero ya sin la rebeldía inicial, suspirando por imponer aquellas formas como definitivas en el camino histórico, no resignándose a la realidad transitiva, muy respetable, que inevitablemente algunas de ellas merecen.

El libro de Polti, pues, además de ser un ensayo en toda regla, contiene una fuerte dosis de humorismo explosivo. No clama por el clasicismo, ni por las normas frías, ni, asimismo, por la belleza de lo intelectual; ni, lo que resulta curioso, trata de dogmatizar. Pretende señalar los límites de nuestra capacidad emocional y las márgenes —no la profundidad— de nuestra pujanza creadora. En este aspecto, el libro de Polti es francamente delicioso. Contiene, además de una completa erudición, gran cantidad de pesimismo consecuente. Ya que Polti también se siente enmadejado en su misma conclusión. Pero con ánimos suficientes para alentar otros caminos. Esta es la cuestión. Fué quizás el único frenazo equilibrado que se produjo con oportunidad.

En un momento determinado de su libro, Polti nos dice: «...36 situaciones, 36 emociones, ni una más». Y con ello nos confiesa que no limita a lo puramente teatral las situaciones que él apellida dramáticas. Al hombre le confiere participación en ellas, relevándole de ser mero espectador. Y añade más: «Así se comprende que, sentado ante la escena, donde se manipula infatigablemente con las 36 emociones, un pueblo llegue a nacer a la definitiva conciencia de sí mismo». Casi no nos dice nada. Todos los pueblos tienen una forma característica de reaccionar ante la situación que se le plantea. Teóricamente, puede detentar más de cinco, de diez, de cien soluciones psicológicas para el mismo problema. La raíz social, empero, con sus rígidas leyes instintivas, producto de raza y evolución cultural de un pueblo, invita a una solución constante en la que tácitamente están de acuerdo todos los hombres del «clan», familia o sociedad.

¿Teatro? En este momento deja de interesarle, para convertirse en copartícipe de una comedia fundamental: la vida. Por eso su ensayo es vital, aunque fatalmente lo limite a un juego previsto de situaciones. Situaciones que tienen tanta importancia en la escena como en la vida común de los humanos.

Ni un paso más allá. Llegar a las 37 situaciones, para Polti, es entrar en terreno de lo improbable. Sería condición importantísima que los seres humanos tuviéramos más de cinco sentidos y alguna que otra posibilidad fisiológica. Alcanzar las 37 sería embarcarse en la teratología. Para rematar el clavo, nos asegura: «...que también los griegos comenzaron sus pueblos por las bases de un teatro.» Que es su historia.

Lo curioso se produce en la clasificación. «Hamlet», en su configuración, es la «Electra» sin su fuerza pasional directa. «Hamlet» lleva consigo todo el fárrago preceptuoso de civilizaciones, agigantadas por su condición psicológica. Para la tramoya de Polti no hay distancias. Somete a la misma categoría a ambos personajes, precisamente por la similitud genuina del problema que sustentan. Y no sólo se confiere la libertad de catalogar, dentro de un mismo tipo argumental, las «Electras» de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Attilius, Q. Cicerón, Pradon, Longepierre, Crebillon, Rochefort, Chenier, Guillard, Hoffmannsthal y las modernas de Giraudoux y O'Neill —sin contar todas las que en realidad existen además de las citadas—, sino

Fragmento de la «Escena de la representación», en «Hamlet», según la pintura de Daniel Madise

aun aquellas que posiblemente serán tratadas a través del tiempo. He ahí el magnífico problema que dejó pendiente. La valoración de los tipos humanos que surcan el campo de sus 36 situaciones. Si de «Hamlet» sólo se interesa el planteo argumental, a nosotros nos preocupa el problema, no por sí mismo, sino por cuanto confiere al personaje la posibilidad de manifestarse como unidad, más allá de cualquier limitación circunstancial.

Aunque, claro, a partir de ahí nos perdemos. La humorada de Polti alcanza en este punto su máxima tensión. Cada una de sus situaciones ofrece al personaje múltiples reacciones —aunque sólo se decida por una, que es la que crea el drama, o como en «Hamlet», que, dudando entre todas, sin decidirse por ninguna, crea el anti-drama, pese a que después derive en tragedia. Por esta razón, Polti somete a la estructura de su tabla de materias a miles de entes de ficción, arquetipos, humanidades, sin importarle si son de casta genial o simplemente literaria. Y es improbable que en este sentido, ni el propio Polti llegase a confeccionar una tabla limitada de valores psicológicos con la que manipular a nuestro antojo. A partir de la última página de su libro, nace con relación a la humanidad de los personajes, los creados o por crear, una progresión geométrica que crece a medida que las situaciones avanzan. Las posibilidades de reacción del hombre, producidas por el choque emocional, se pierden en el infinito.

Con ello descubrimos una cosa muy importante: que el teatro actual, nuestro teatro, como siempre lo fué el de tipo menor y falso, opera sobre situaciones. Sobre recursos argumentales, en los que se da cabida a personajes sin fuerza, provocando la admiración o el aplauso, por el camino de la sorpresa, del truco o de la gracia elemental del proceso constructivo. Folletín puro. Por ello nuestra escena alcanza este grado de falsedad que tanto nos exaspera. Estamos olvidando que lo importante de toda creación del espíritu, más que el estilo y la acción, o los factores de lugar y tiempo, es el grado de humanidad con que se han revestido los personajes. Y que en esencia es lo único que perdura. Si los personajes son humanos, no hace falta más. Su misma fuerza personal son los que crean la situación dramática auténtica, la valedera, aunque entre en el tópico de las 36. Y en este punto está el atisbo. El único camino que le queda a nuestra dramática para renovarse y dar la altura es volver a la carne y abandonar el cartón. No es muy difícil. Después de releer el libro de Polti y contando con que las situaciones están ya agotadas, la ruta a seguir por el nuevo autor, si realmente quiere hacer algo original y eficaz, es regresar al Hombre, que, por fortuna, «aún» ofrece muchas posibilidades.

---

(1) SINTESIS DE SITUACIONES: I. Implorar. — II. El «Salvador». — III. La venganza. — IV. Vengar a deudo en otro deudo. — V. Persecución. — VI. Desastre. — VII. Ser «presa». — VIII. Revuelta. Sublevación. — IX. Tentativa audaz. — X. Rapto. — XI. Enigma. — XII. Obtención. — XIII. Odio de familias. — XIV. Rivalidad de familiares. — XV. Adulterio criminal. — XVI. Locura. — XVII. Imprudencia fatal. — XVIII. Crimen involuntario de amor. — XIX. Matar a un familiar, desconocido como tal. — XX. Sacrificarse por el ideal. — XXI. Sacrificarse por los familiares. — XXII. Sacrificarlo todo a la pasión. — XXIII. Ante el deber de sacrificar a los suyos. — XXIV. Rivalidad entre desiguales. — XXV. Adulterio. — XXVI. Crímenes de amor. — XXVII. Conocer el deshonor de un ser querido. — XXVIII. Amores obstaculizados. — XXIX. Amar a enemigo. — XXX. Ambición. — XXXI Lucha contra Dios. — XXXII. Celos erróneos. — XXXIII. Error judicial, de juicio. — XXXIV. Remordimiento. — XXXV. Reencuentro. — XXXVI. Pérdida de familiares.

CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSÉ PLÁ

HACIA LA SERENATA. —Mi querido amigo, estamos en los inicios de la cuesta de enero y le encuentro a usted radiante.

—Hombre, radiante, lo que se llama radiante, es un adjetivo desorbitado. En mi tiempo, adjetivos como rutilante, radiante, apenas se prodigaban. Eran cosa de la astronomía romántica.

—Posible. En todo caso, tiene usted el aspecto de haber pasado las fiestas con sosiego y tranquilidad.

—¿Qué quiere usted? Uno tiene un año más, y lograr un semejante resultado en medio de un mundo caracterizado por la locura desatada, es siempre un resultado. Yo no desearía volver a vivir lo que he pasado. Tener la sensación, en cambio, de que uno está ya en la otra vertiente de la montaña, de que uno envejece, no deja de ser agradable. Cuando uno se encuentra ante la posibilidad de tener que enfrentarse con lo que los profetas llaman un mundo que nace, lo mejor es saludar efusivamente a la concurrencia y marcharse.

—Sin embargo, habrá usted pasado las fiestas en la pura línea tradicional... ¿Se dedicó usted a la ternura de los volátiles?

—Amigo, mi modesta opinión es que los volátiles son cosa veraniega y soleada. Los volátiles son excelentes cuando pueden comerse con trajes ligeros o con poca ropa, o, si usted quiere, en mangas de camisa, aunque yo personalmente sea contrario, en todo tiempo, a prescindir de la americana. En invierno yo soy partidario del asado de buey con legumbres y no de pechugas siempre etéreas y deleznables. Pero los filetes de buey pasan muy altos, en las presentes circunstancias. En este sentido mis Navidades han sido un poco montadas al aire.

—En cambio, habrá usted afrontado los líquidos de circunstancias.

—No haga usted caso de mis ataques. Mis posibilidades ofensivas son nulas. Ya no hay borrachos.

—Cosa que a todos nos ha de ser infinitamente agradable, y por su misma ejemplaridad, provechoso.

—Le diré, le diré. Yo he bebido algo en mi vida, sin que, a mi entender, haya depasado la línea de máxima. Si la depasé alguna vez, pido perdón a mis agraviados. Considero que a veces encontrarse entre el cielo y la tierra en un cierto terreno vago y sentimental, puede constituir una solución de bastante eficacia. No tiene usted idea de lo bellas que son las estrellas del cielo cuando está uno sometido a una cierta taquicardia...

—Ya suponía que no era usted un puritano.

—¿Un puritano? ¡Dios mío qué palabreja! Le advierto a usted que, si por una razón o por otra, yo pretendiera ser un puritano, su cartera peligraría en el acto. Yo no he sido, ni soy, ni seré jamás un puritano. Yo soy un pobre pecador, y así he logrado que algunas vagas personas me consideren una persona vagamente honrada.

—Mucha vaguedad hay en lo que dice usted.

—En la vida, lo que parece más concreto es siempre muy vago.

—Siendo usted tan escéptico...

—El escepticismo se confunde con la misma tolerancia. A mí me gusta encontrarme, de ser tocado por el ligero aleteo del alcohol, con algún ser humano adherido a las mismas circunstancias. Entonces nos damos la mano. No me interesa la lucidez, ni la propia ni la ajena. Me interesa aquel punto de verosimilitud relativa que da la bondad. Pero —se lo dije antes— ya no hay borrachos.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Siente usted la nostalgia de su falta?

—En mi infancia, perdone usted que lo recuerde, había muchos más borrachos que ahora. ¡Qué excelentes borrachos! Aquellos hombres, con cuatro cuartos, adquirían los mejores brebajes del Continente. En mi país, el champaña francés y la cerveza alemana auténtica estaban en todos los establecimientos. Y sin duda debido a la calidad de lo que injerían, el «pathos» de aquellos ciudadanos era alegre y rozagante. ¿Sabe usted lo que solían hacer aquellos hombres poseídos del frenesí? Iban a hacer serenata.

—Es la ingenuidad pánica...

—Se colocaban debajo de una ventana y hacían una serenata. Era, si usted quiere, ridículo, pero en el caso de que la persona a la cual iba destinada la serenata se encontrara realmente detrás de la ventana sobre la que convergían las miradas de las personas que realizaban la serenata, aquella persona podía afirmar que realmente había sido objeto de una excelente serenata. Y a propósito de serenatas, ¿Conoce usted la de Don Federico?

—¿Quién es Don Federico? ¿Don Federico el Grande?

—Don Federico el Grande tocaba la flauta y así con su peluca y su flautita lo vi representado en muchas estampas alemanas. Sin duda aquel gran monarca hizo más de alguna serenatilla a las señoritas de su tiempo al margen del Derecho administrativo. Pero ahora hablaba del otro Federico el Grande: de Don Federico Mistral. Acuérdese usted de la Serenata a Magalí:

Oh Magali la tan aimada
Porge la testa al finestrom
I ascorta aquesta dolça aubada
De tamburins i violons.

De manera que la señorita Magalí, que para el poeta fué un sueño, como suelen ser todas las señoritas, fué objeto de una serenata de cuerda y parche, es decir, de una gran serenata. Pero iba a esto: a subrayarle a usted lo bien bebido que debió ir a la Serenata, a juzgar por el salubre sentimiento que respira su letra, el gran Don Federico. Este fué un señor que bebió seco, bien y fuerte. ¿No hubiera sido de su gusto encontrar un día a Mistral, en un camino tocado por la luna, con el ligero alado toque, en los ojos brillantes, del vino? Este hubiera sido un tipo que a mí me hubiera gustado encontrar por la noche y en un camino. Estoy seguro que ante su voz humanísima se hubieran callado todos los perros del contorno y los buhos, murciélagos y gatos hubieran contemplado el ancho sombrero polvoriento del poeta con sus ojos fosforescentes.

—¿Así, sospecha usted que el buen beber hace la buena poesía?

—En todo caso le diré que el otro día vi un borracho de los tiempos presentes. Se le ocurrió montar en una moto y lanzarse a escape libre por las callejuelas del pueblo. No se mató, el pobre, porque los jugos actuales no matan siquiera: no hacen más que herir mortalmente, enloquecen a la gente, hasta el punto que lo primero que se les ocurre a los borrachos actuales es solicitar un enchufe eterno.

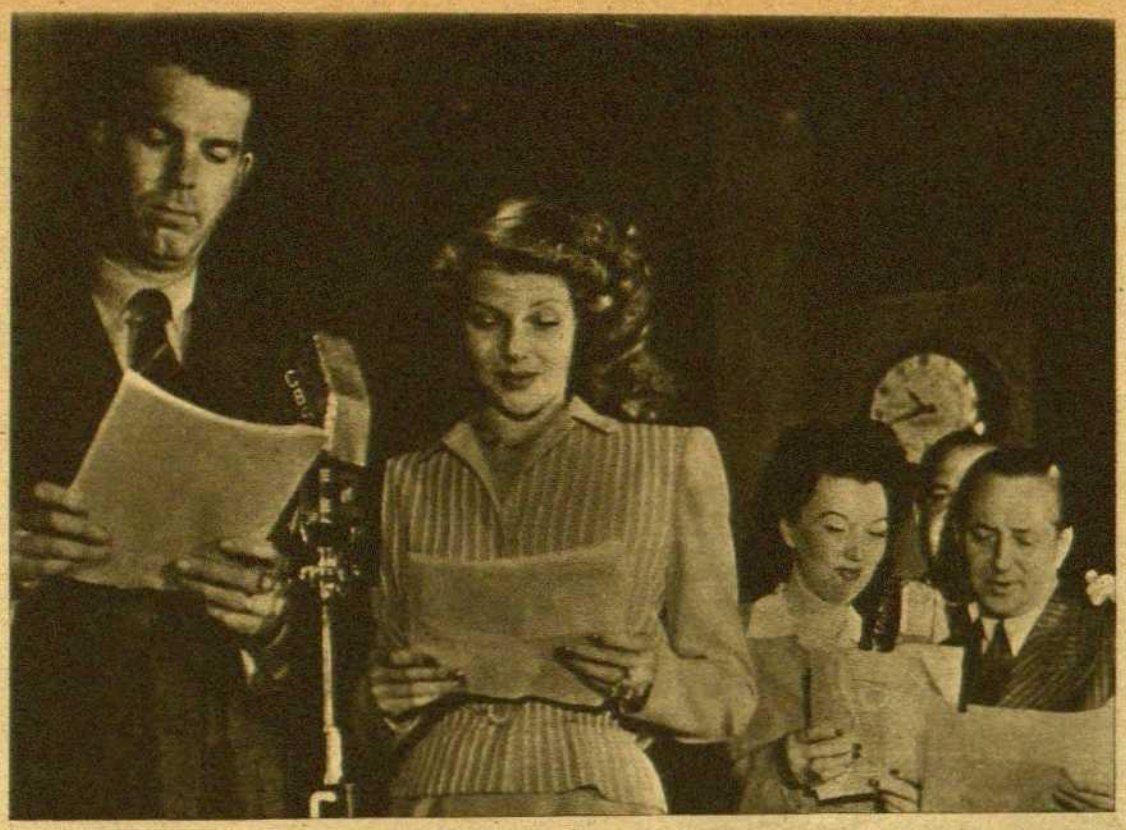
—O, quizás, evieterno...

—Lo que usted desee. Cuando la gente se trataba de usted, todo era eterno. Ahora que la gente se tutea, todo parece ser evieterno. Los tiempos hacen los adjetivos.

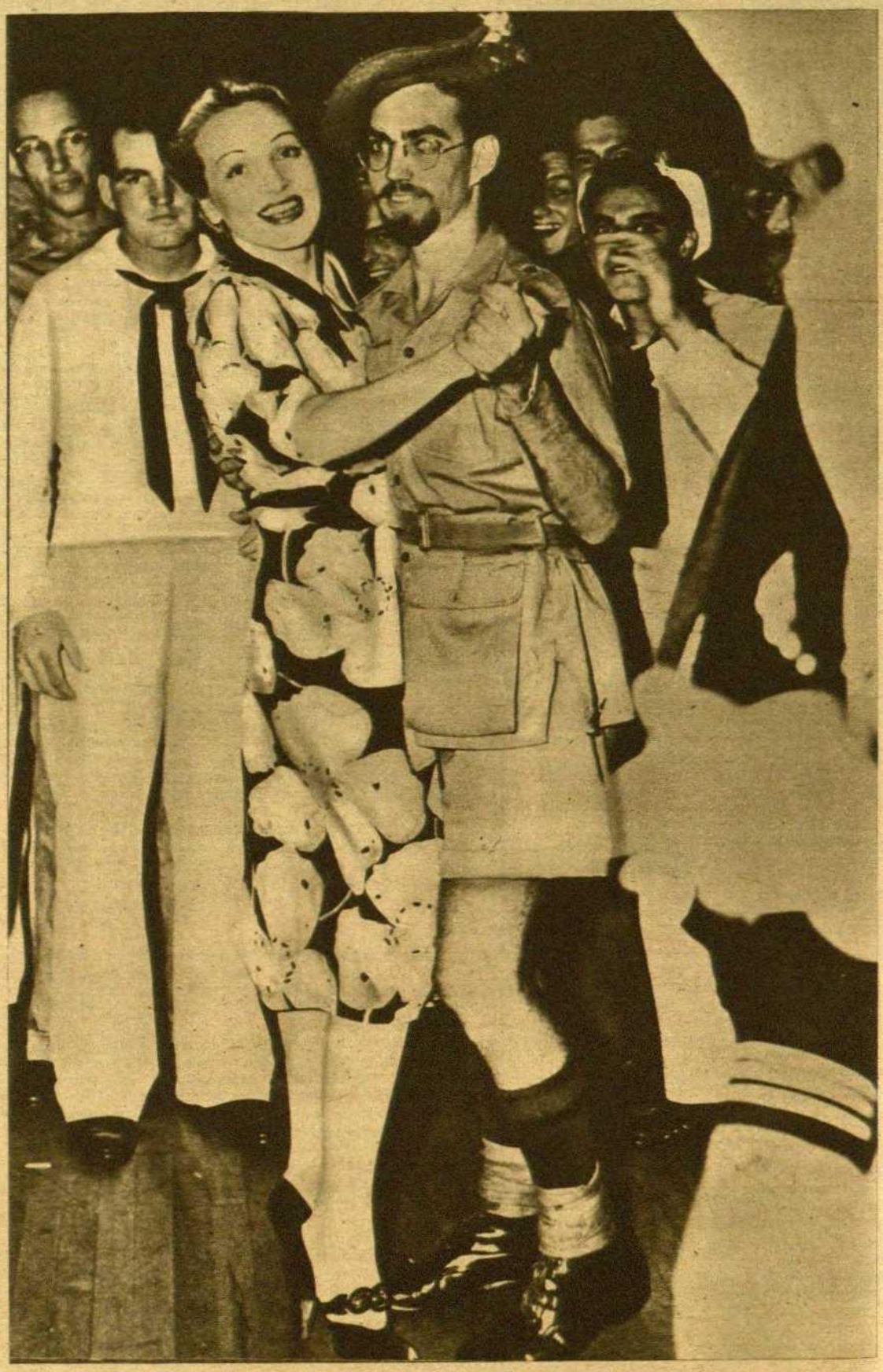
—Sí. Y los líquidos hacen el fondo y la forma de los estados que los antiguos llamaron dionisíacos. A brebajes malos, a «ersatz» de brebajes, motocicleta, escape libre y solicitud de enchufe al canto. Las antiguas serenatas se perdieron en lo que los profesores llaman, para abreviar, la noche de los tiempos.

—Aquellos tiempos, como se decía en la zarzuela, que alegres pasaron y no volverán.

—Desde luego. No volverán, qué duda cabe. Pero lo que se hizo, hecho está, y ahí queda. Pero sobre esto hablaremos luego. Quiero presentarle, a propósito, un amigo que le gustará. Se trata de Don Samuel Butler. Entre semana le veremos.



En una emisión para las tropas norteamericanas, actúan ante el micrófono la actriz Rita Hayworth, de padres españoles, y el popular actor Fred Mac Murray. Estos actos que se celebran continuamente en los Estados Unidos son, en la actualidad, el punto más interesante en las actividades artístico-patrióticas de los intérpretes de Hollywood



En la Cantina teatral de Nueva York, abierta para distraer a los soldados norteamericanos, vemos a la famosa intérprete Marlene Dietrich, bailando con Bob Headley, que acaba de regresar de Africa, donde luchó junto al Octavo Ejército Británico

...mes Stewart está en la Aviación. La aviación norteamericana, que llena ...s cielos del mundo, cuenta ahora con el gran actor de cine James Stewart, uno de los más populares de la farándula cinematográfica

El gran compositor Irving Berlin, cuyas melodías han recorrido el mundo entero, toma parte en un festival organizado a beneficio de los soldados norteamericanos, cantando la canción «We are in the army» que él compuso en la anterior guerra mundial

He aquí otro actor norteamericano movilizado por la actual contienda: Tyrone Power. El héroe de tantos films románticos, aplaudidos en el mundo entero, está ahora en la Marina. En la foto aparece prestando juramento de fidelidad a la bandera de las rayas y las estrellas

TAMATINA
Industrias Riera-Marsá

MERIDIANO

La gran revista española, síntesis de la Prensa mundial, ofrece en su número 13, el siguiente sumario:

Llegar a cumplir cien años no es difícil. — Henry Ford cumple ochenta años. — Anatomía de la inteligencia. — Pequeñas memorias de un «repórter». — Cómo era el harem imperial. — Retrato de cuerpo entero del soldado japonés. — Cosas del espionaje. — Hablad a los demás de lo que les interese. — ¿Se extinguen los animales feroces? — Pequeña historia de la Medicina. — El precio de la gloria. — El veneno que podemos soportar. — Reglas contra el insomnio. — Los dispépticos no mueren. — La vida de los Benedictinos. — Nuevos consejos para los que se afeitan solos. — El piloto coge el mando por vez primera. — Las gafas sanan el estómago. — ¿Se le ha dormido la pierna? — Origen e historia del fútbol. — Un duelo de rinocerontes bicornios. — Explicación gráfica de «Cifras astronómicas». — ¿Cómo sabemos si un número es divisible por 11, por 7 y por 13? — ¿Se podrá desecar el Mediterráneo? — La bomba de gas del tejón hediondo. — «La República Negra», por Alec Waugh. — Meridiano de los libros.

100 páginas ... ... 3 pesetas

Un libro extraordinario sobre el más pequeño y, también, el más grande reino del mundo

MUNDO VATICANO

por ARTURO LANCELLOTTI

Un lujoso volumen de 324 páginas con 16 láminas sobre papel couché y sobrecubierta a tres tintas.

Precio: 30 ptas.

Ediciones Destino, S. L.

ARTE Y LETRAS

LA SAETA EN EL AIRE

POR GUILLERMO DIAZ-PLAJA

ANTE UNA CATEDRAL DESTRUIDA. — Esta Catedral, trunca del temblor, leprosa del incendio, mantuvo mil años su enhiesta arboladura de navío al que crepúsculo de diez siglos colgaron inmensos velámenes de oro. Aquí está ya decapitada. Se agarra todavía, desesperadamente, a su planta en forma de cruz. Era esto: una cruz clavada en la tierra y disparada, al ímpetu de sus arbotantes, hacia el cielo.

Fué. Tuvo bajo sus arcos miriadas de oraciones, colmenar de piedades. Ahora los hombres más terribles por su soberbia que por su iracundia, han rasgado, impíamente, su vientre de piedra. La vieja catedral augusta ha ido viendo cómo crecía la marea del odio. Todo sería ya posible.

Nació cuando el mundo vivía bajo un signo teologal y cuando, al decir escolástico, la Filosofía era sierva de la Teología. Con tal fuerza que — como Dante enseña — Lucifer mismo no podía ser otra cosa que la caricatura de Dios. Así, también, la Catedral incluía su mundo de piedad robusta como sus muros, alta como sus torres, vibrante como sus campanas. Y aun el mal — los monstruos, los diablos, las fieras — era un elemento al servicio de Dios: ahí estaban, convertidos en gárgolas.

Pero ahora los monstruos han vencido.

QUINCE MIL ALTAS. — Nunca sabemos del todo — y menos a través de los comunicados — la sangría de hombres, la aterradora lista de bajas que cada día trae el brutal azar de la guerra. Lo van sabiendo, en un inmenso y desperdigado dolor, las madres de todo el mundo: pero su llanto es individual y silencioso. Acaso no conviene que trascienda.

Pero sabemos que existe en toda su tremenda dimensión, desgarradura trágica y doliente.

Acaso por ello nos quepa, a los que vemos arder la hoguera, cada vez una más grave responsabilidad. Entre estos caídos de cada día hay brazos robustos que faltarán para siempre a su taller y mentes que se aplicaban a la investigación y al estudio que van dejando sus puestos vacíos. A la Humanidad que goza de paz le incumbe un suplemento de energía, un esfuerzo para cubrir los valores que quedan truncos.

He pensado en esto al leer que, consoladoramente, en la Biblioteca Central de Barcelona, ha habido este año pasado quince mil lectores más.

TRES VISIONES. — Está bien alucinarse como Goya, y aun embriagarse como Lucas. Pero no es menos bella la lección de quien sabe ver con limpia claridad, fiel espejo de las cosas, como hace Vicente López.

Las Letras francesas en 1943

por DENYS-PAUL BOULOC

A la hora de trazar un panorama de las letras francesas en el año que fine, no puedo citar todo lo publicado. Me bastará tomar algo y animarlo, en lo posible, para el breve espacio que se me concede.

Raymond Queneau nos ofrece, con «Pierrot mon ami», una novela de humor frío, hábilmente conducida, al cabo de la cual nos sorprende descubrir que está construída como una novela policíaca, pero, y esto es lo curioso, sin que ello implique la menor intriga del género ni detective clásico alguno.

Albert Camus nos muestra «L'étranger», ese tipo indiferente a todo, llevado al crimen por una intuición monstruosa sin que se aperciba de ello: hasta tal punto se encuentra a vueltas con lo Absurdo. Y esta filosofía de lo Absurdo la comenta también el autor en su ensayo «Le mythe de Sisyphe».

En «L'Enfant du Bois Plauquet», juega Pierre Van der Meulen con una atmósfera de amistad de ensueño y de realismo semejante a la de «Cuaille sur la Tour», de Georges-Emmanuel Clancier. El misterio de la infancia y realidad del mundo y de su fealdad se pone frente a frente en estos libros que recuerdan «Le Fraud Meaulnes» de Alain-Fournier.

A la misma fuente cabe atribuir la novela de Christian Dédéyah, «Haute Mer», en la que van de consuno el sentimiento de amistad y la mixtificación poética pre-patológica. El protagonista trata de «vivir su sueño y soñar su vida».

No es menos cierto que «Saint-Genes ou la vie brève», de Roland Cailleux, ofrece una originalidad casi desconcertante, aunque no molesta. El autor ha sabido orillar, en esta obra sobre la infancia y la adolescencia, una serie de aventuras interiores que proyectan cierta extraña luz sobre el alma compleja de un intelectual en su camino hacia el conocimiento.

Parecida es la concepción de los problemas humanos agitados por el drama de la juventud en Silvio Ray, quien, con «Les Compagnons de l'Incertain», nos descubre las desventuras de una bohemia de artistas y estudiantes y la aventura singular de un obrero que se ha elevado — aunque muy superficialmente — y se hunde en el enervante naufragio de un suicidio fallido, de una boda de conveniencia y en la muerte que le espera en tierra extranjera.

Sin determinar lugares ni época, Henri Lambert narra en «La Chaudière du Diable» las aventuras carnales y espiritistas del pintor y de la Reina, con un estilo preciosista y una sensualidad que recuerdan la poesía de los místicos españoles.

Jean-Marie Gerbault se revela con «L'Age Alpha» como narrador de gran aliento, y durante quinientas páginas nos cautiva al contacto de los sucesos extraordinarios que constituyen su visión del mundo en el año dos mil. La atmósfera del libro es más que agobiante, pero la idea filosófica y la anticipación social que se desenvuelven en la naración encubren el ambiente actual y nuestros votos por una Humanidad mejor.

Alice Rivaz describe en «Nuages dans la main» la vida de unos jóvenes funcionarios ginebrinos que sufren por su mediocre condición y no se avienen a ser simples máquinas de gestos siempre idénticos.

Dos libros de cuentos nos permiten esperar en este arte, que alguien tilda de menor: «Visite», de Jean Fougére, que nos encanta por su dulce poesía y por la sencillez de sus breves relatos bien dispuestos, uno de los cuales, «L'Homme de bonté», nos trae mezcladas la imagen apasionante del sueño y la de la realidad. Lo mismo cabría observar en «Le Périple d'Autun», de Gérard Jarlot, si bien aquí la atmósfera es pesada, mórbida, llena de inquietudes y anomalías extrañas y de reflujos morosos y sin salida.

Otros tres libros muy diferentes: «Suite Française», de Claude Roy, donde el excelente poeta y cronista escribe, en tono que quisiera entre serio e irónico, algunas verdades de a puño y otras no tan convincentes. Con «L'Annonciateur», Robert Morel narra la vida de San Juan Bautista en términos de fogosa poesía, desencadenada a veces, imbuída de una espontaneidad juvenil, de una sinceridad brutal en su misma ternura por el precursor. Robert Morel es un escritor cristiano cuya ortodoxia podrá ser puesta en tela de juicio, pero que nos edifica al contacto de su talento sin artificio, casi primitivo. André Dez examina en «L'Art comme base et épanouissement de la morale» los datos estéticos que dimanan de la filosofía kantiana y su desenvolvimiento en las relaciones de la moral y el arte.

En obras de desigual oriente, mas siempre interesantes, el editor René Julliard nos ofrece «Bilan de Barrès», «La France et l'Esprit» y dos volúmenes de «Littérature». Estos últimos nos descubren algunos escritores de maduro talento demasiado olvidados.

Tocante a la poesía, habrá que observar que este año — debido, sin duda, a dificultades editoriales — la producción está en descenso. Señalemos los títulos más significativos.

Alain Borne arranca a su «Contrefeu» acentos de emocionada poesía en que la rebelión contra la injusticia que azota al hombre de hoy se expresa con desbordamiento patético. Ello supone una novedad respecto a sus poesías precedentes, cuya esencia era el ensueño.

André Verdet vuelve con «Humbles» a sus romanzas llenas de tiernos sueños y rostros amados, mientras Luc Decaunes pone «Le cœur en ordre» con poemas cantados desde el campo de concentración: las voces ásperas y sordas que el mísero destello humano de poeta prisionero nos trae al sentimiento y al amor. Charles Massonne, en «Masque de Faune» y «Chant terrestre», nos brinda una poesía sabia, secreta, repleta de mitos y de tal cual pureza casi valéryana.

Queda para Toursky, en «Armes prohibées», el suceso cotidiano narrado con un lenguaje teñido siempre de poesía a flor de piel. Aquí se manifiesta nuestro poeta como uno de los más auténticos de la época. Y René Laporte, en la guirnalda de poemas que abarca diez años de su producción para titularse «L'an 40», nos brinda lo que no es corriente encontrar en un escritor: un don poético persistente de mesura sabia y de mantenida intensidad.

Aragon logra en «Brocéliande» seguros efectos y una poesía menos discutible que algunos de los ejercicios que precedieron inmediatamente a este libro. Y Paul Eluard trata de «Poésie et Vérité 1942» en poemas puros y cristalinos.

No insistiré sobre las piezas teatrales impresas. Las únicas que nos atañen, por sus cualidades y por sus defectos a veces, son: «Renaud et Armide», de Jean Cocteau; «La Reine Morte», de Henry de Montherlant; «Les Mouches», de Jean-Paul Sartre; la «Chute de Jézabel», de Març Beigbéder, y el breve «Requiem pour un guerrier mort», oratorio de Jacques Robert.

De esta sucinta vista panorámica se deduce que la actividad intelectual de Francia dista de hundirse en la nada, pese a un mundo circundante batido por el fuego y chorreando sangre.

El humanismo sigue bien representado en las Letras francesas, especialmente por los jóvenes escritores, que no dejan extinguirse la llama que ilumina las visiones más sombrías de la actualidad.

LIBROS RECIBIDOS

Jacques de Balnville: «**Historia de Francia**». Traductor: J. Párrán y Mayoral. — Iberia, Joaquín Gil, Editor.—Barcelona 1943.

César Silió Cortés: «**Isabel la Católica. Fundadora de España**».—Espasa-Calpe, S. A. — Madrid, 1943.

Ramón Garande: «**Carlos V y sus banqueros**» — «**La vía económica de España en una fase de su hegemonía**». — Revista de Occidente. — Madrid, 1943.

Carlos Buigas: «**Bajo las constelaciones**» (**Viajes de Gil del Mar**). — Editorial Bruguera. — Barcelona, 1943.

G. K. Chesterton: «**George Bernard Shaw**». — Versión castellana: José Méndez. — Ediciones «La Nave». — Madrid, 1943.

Pablo Cavestany: «**Contramarcha**» (novela). Editorial Juventud, S. A., Barcelona, 1943.

Laura de Noves: «**Elizabeth Vigée-Lebrun. Pintora de Reinas**». — Biblioteca Pretérito. — Editorial Olimpo. — Barcelona, 1943.

Clásicos castellanos: «**Fray Dionisio Vázquez (Sermones)**». — Espasa-Calpe, S. A. — Madrid, 1943.

Don Ramón del Valle-Inclán: «**Divinas palabras — Claves líricas**». — Volumen XVI-XXI. — Editorial Rus Nueva.—Madrid, 1943.

Carlos Diehl: «**Una República de patricios, Venecia**». — Traducción de Augusto E. Lorenzana. — Espasa-Calpe, S. A. — Madrid, 1943.

Lytton Strachey: «**Isabel y Essex**». Versión española de Rafael Calleja: Ediciones «La Nave». — Madrid, 1943.

Domingo de Fuenmayor y Alfonso Banda: «**Historia de España**», fascículos núms. 11 al 16. — Casa Editorial Seguí. — Barcelona.

Almanaque de «**Atalaya**», 1944.

Vicente Genovés: «**San Vicente Ferrer en la política de su tiempo**». — Instituto de Estudios Políticos. — Madrid, 1943.

«**Maravillas de España**», fascículos núms. 1 al 7. — Casa Editorial Seguí. — Barcelona.

«**Cisneros**», Revista del Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», de la Universidad de Madrid, número 6. — 1943.

José María de Areilza: «**Lo esencial y lo episódico**». — Instituto de Estudios Políticos. — Madrid, 1943.

Mrs. James Roosevelt: «**Mi hijo Franklin**». — Ediciones Ayma, Barcelona.

«**Revista Estudios Políticos**», septiembre y octubre, 1943. Volumen VI.

Almanaque familiar de hojas conservables.

Carlos Soldevila: «**Para comprender la literatura**». Ediciones Dolmen. Barcelona, 1943

Thomas Hardy: «**Pequeñas ironías de la vida**». Trad. P.Felipe Mendoza. Ediciones Dolmen. Barcelona, 1943.

Luis Antonio de Vega: «**Yo he sido Emperador**». Atalaya. Luis de Caralt. Editor. Barcelona, 1943.

Ide Gir: «**Marialí**», Editorial Juventud. Barcelona, 1943.

Eugenio Pérez Botija: «**Naturaleza jurídica del Derecho del Trabajo**». Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1943.

Doctor Prudencio Pueyo: «**La intoxicación de las carnes, etc.**». Barcelona, 1943.

SECRETO A VOCES

• Pronto aparecerá en Madrid una nueva revista: «Fondo y Forma». Esta publicación se dedicará a las artes, y la dirigirán Luis Moya y Pedro Bidagor. Será su redactor-jefe Jorge Fernández Cuevas. Los colaboradores principales son: el Excmo. señor don Pedro Muguruza, director general de Arquitectura; el Excmo. señor marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes; el Ilmo. Sr. don Francisco Iñiguez, jefe del Patrimonio Artístico Nacional; el Ilmo. señor don Emilio Canosa, director de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y los señores don Enrique Azcoaga, don Luis Feduchi, don Enrique Lafuente, don Carlos Fernández Cuenca, don José María Muguruza y don Luis Gutiérrez Soto. «Fondo y Forma» será editado por el «Grupo Editorial Koel».

• Ha fallecido en Madrid el conocido editor Rafael Caro Raggio, esposo de doña Carmen Baroja, de la cual hemos publicado un cuento en nuestro extraordinario de Navidad. Caro Raggio marcaba toda una época de la vida editorial madrileña y fué el editor de muchas de las obras de su cuñado Pío Baroja. Por cierto que éste ha cumplido setenta y un años el día 28 de diciembre.

ENTRE LINEAS

CENTENARIOS

En este año tampoco faltan conmemoraciones literarias. Hará cien años que nacieron Anatole France y Paul Verlaine. También hará cien años que nacieron los personajes que pueblan una de las novelas más conocidas y queridas de todos los lectores: «Los tres Mosqueteros». Esta aparición de los caballeros franceses de grandes capas y desmesuradas tizonas se ha ido repitiendo luego en mil versiones, desde la opereta al cinema. Y el brillo de estas espadas aún se habrá de cansar mucho, en el porvenir, en escenarios, por los libros, en las pantallas.

Los tres centenarios van a castigar duramente a las plumas de los ensayistas, incluso el de Anatole France ante la obra del cual se ha adoptado un tono de indiferencia y de desdén. Ya aquí en España a partir de la aparición de «Le petit Pierre», Ortega y Gasset señalaba la posición, esencialmente negativa, de su generación, posición de la que no se han movido las generaciones españolas siguientes.

En cuanto a Francia hace ya algunos años que Marcel Prevost escribía en una crítica que él era incapaz de releer más de cincuenta páginas de «La Rôtisserie de la Reine Pédauque». No sabemos si esto era o no era cierto. Lo que sí sabemos es que ni Anatole France, ni, desde luego, nosotros mismos, intentaríamos un sacrificio parecido con «Les Demi-Vierges». Lo cual es ya un hecho digno de tenerse en cuenta en estos días de centenario.

TRADUCCIONES

¿Limitación de traducciones? Perfectamente de acuerdo en limitar las obras de autores extranjeros de cuarto o quinto orden, las traducciones incompletas, mutiladas y realizadas bárbaramente. Hasta cierto punto es lógico que los organismos oficiales intervengan también en este aspecto editorial cuando el editor no sabe cumplir dignamente su profesión.

•

No sería justo afirmar que los escritores españoles se quedan sin editor. Todo autor español encuentra siempre fácil manera de colocar su libro. Díganlo si no los innumerables libros de autores españoles publicados en el pasado año, y díganlo también los almacenes de los editores abarrotados de libros de imposible venta.

•

Los editores no pueden crear escritores. En realidad la crisis es más de calidad que de otra cosa. ¿Han quedado alguna vez sin editor, Baroja, Azorín, Pla, D'Ors o Zunzunegui? Nos resistimos a creerlo. ¿Han dejado de publicar libros los prolíficos autores encabezados por el señor Pérez y Pérez? La respuesta es obvia. Nos afirman que los autores españoles de fácil venta pueden contarse con los dedos de una mano. De ahí la resistencia del editor y su afición por las traducciones.

•

Una cultura sólida puede muy bien recibir sin temores influencias extranjeras, sobre todo si éstas vienen filtradas. No creemos que limitar las traducciones favorezca al libro español. Los buenos autores seguirán vendiéndose como antes, y para los malos sería difícil aplicar la obligatoriedad de publicarlos.

LOS PAJAROS EN LA POESIA ESPAÑOLA

Deporte de reyes y señores, hoy caducado, es la cetrería. Y, sin embargo, José M.ª Blecua ha salido a cazar los pájaros que enriquecen nuestra poesía con sus dos motivos —canto y vuelo— siempre esencialmente ornamentales. Así en los verjeles medievales donde revivían un color de miniado, como en la isla de las Soledades barrocas donde la silva fué siempre jardín y el soneto un marco sobre él, de deliciosa ventana, como también en el sabroso huerto de Lope de Vega, que pisamos con planta de lana porque no huya la pajarería o en las ramas mágicas y dolientes de Juan Ramón Jiménez. Diversos son los pájaros que enjaula con alegría viva en las páginas del libro y aquí les sabe hacer conservar todo su puro bullicio. Su vuelo hoy, peina el viento de nuestra más fina y delicada poesía, este vuelo de los pájaros que ha recogido José Blecua en las sabias redes de su libro, con exquisita y pulcra erudición.

FORMAS Y COLORES

Innumerables Vayredas vivientes en trance de desaparecer

Amigos y cartas con sello de urgencia confirman la alarmante noticia publicada en nuestra Prensa sobre la tala de árboles en uno de los rincones de más prestigio paisajístico de Cataluña: la Font Moixina de Olot. En la realidad o en una interpretación pictórica todo el mundo conoce la belleza sin par de este paraje, fronda maravillosa que ha sido mil veces reflejada en las telas de los viejos maestros olotinos y de sus seguidores actuales. Denro de la historia de nuestra pintura este pequeño rincón de paisaje tiene una trascendencia decisiva que lo convierte en un museo natural, mágico conjunto de Vayredas vivientes que ya pertenece a

nuestra historia. ¿Cómo es posible que exista una mano suficientemente osada para atreverse a destastar este apacible jardín? Los chopos del Prado de la Salud, tema repetido hasta la saciedad por nuestros cultivadores de la bucólica, están ya amontonados en el suelo. Peligran los viejos robles insubstituibles... En poco tiempo puede perder su clásico aspecto lo que parece que la Naturaleza creó ex profeso para despertar el sentimiento artístico de los Vayreda, Galwey, Domenge, etc. Esto es, de hecho, un Parque Nacional; es de toda urgencia que lo sea de derecho.

El Greco en litigio

Nadie ignora que nuestro siglo XX ha visto la rehabilitación del Greco. Sin duda alguna éste ha sido el pintor más favorecido por estas corrientes de revisión que, de vez en cuando, alteran ideas solidamente establecidas. Desde el modernismo, Greco ha gozado de una popularidad extraordinaria, incluso poco común en cosas de esta índole. Pero se engañaría quien creyese que el entusiasmo explícito en mil textos garantiza en absoluto el crédito excepcional de que ha gozado durante unas décadas. Demasiado vivo y complejo, con su enigma a la postre indescifrable, a pesar de todas las exégesis, su destino es parejo al de todas las personalidades a cuyo exceso anímico añaden un mordiente excepcional, algo destemplado e inconformista. Así, no puede extrañar que existan reacciones en contra, como las que se contienen en la obra de José María Santa Marina

«Las cien mejores obras de la pintura española», o en recientes comentarios de José María Junoy. Síntomas de que la batalla puede encenderse en cualquier momento, sobre todo si se tiene en cuenta que el entusiasmo por el Greco continúa con el mismo ímpetu. Casi al mismo tiempo acaban de aparecer dos obras más sobre este pintor. Una de ellas pertenece a la barcelonesa «Biblioteca de Arte Hispánico» y contiene, aparte de un número considerable de reproducciones de las mejores obras del artista, un lúcido estudio de Manuel Gómez-Moreno. La otra acaba de publicarse en Francia y la firma el famoso poeta Jean Cocteau.

Lo que lee Arístides Maillol

Arístides Maillol, el más grande de los escultores de nuestra época, continúa viviendo en Banyuls. Afortunadamente, la guerra que ha destrozado su patria no le ha obligado a abandonar su casa y sus costumbres. Desde hace dos años cincela un maravilloso desnudo de mujer bautizado con el ambicioso nombre de «Armonía». Pero no vamos a detallar ahora su apacible vida de artista. Interesa aquí un detalle que demuestra hasta qué punto es aven-

turado el cálculo sobre los gustos de un hombre. Recientemente, interrogado sobre sus preferencias literarias, Maillol ha confesado, aparte su animadversión contra la novela psicológica, cosa que no nos extraña, su entusiasmo por Lautréamont, el poeta fantástico y terrible de «Les Chants de Moldoror», el ídolo predilecto de los surrealistas. El autor de tantas formas sosegadas y clásicas gusta, pues, de lo anormal y descabellado, del exceso estridente y abusivo. Curiosa predilección de la cual no sería lícito sacar ninguna consecuencia.

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

Pedro Mozos

(Argos)

En pocas ocasiones la crítica ha sido tan unánime y exaltada en el elogio como en la de la primera Exposición madrileña de Pedro Mozos, allá en el año 1933. El artista era entonces un mozo de diez y siete años y en sus dibujos y telas ya apuntaba un enorme impulso expresivo que justificaba el entusiasmo de los comentaristas. Con la pesada carga de unos pronósticos casi excesivos, Pedro Mozos ha continuado dibujando y pintando, y ahora, en su primera Exposición barcelonesa, nos muestra los módulos esenciales de su arte.

Pedro Mozos es de los artistas que no fían en una interpretación servil de la Naturaleza. Su arte es de invención, prodigio de la fantasía que crea un mundo donde las formas tienen peculiares fatalidades de movimientos y de vida. Su temperamento agitado, dionisíaco, nos ofrece, con una rudeza muy personal, unas composiciones que tienden a lo grande y desproporcionado. El Renacimiento —no el florentino, sino el romano— ha influído poderosamente en su espíritu, pero las bellas formas de antaño adquieren ahora un aire de catástrofe, son más bárbaras y agresivas, acentúan una indeterminación expresiva cuyos precedentes podrían hallarse en la pintura que empieza en algunos fragmentos de Delacroix y termina en el más sombrío de los surrealismos. Todas estas corrientes históricas se cruzan en la pintura de Mozos. Norte y Sur, claridad de una forma armoniosa y de proporciones gigantescas y mordiente de sombras y de lunas, explícitas en los grises y ocres que matan el color. Este, si aparece a veces en un pastel o en un pasiaje, lo hace como resultado de una dramática lucha entre una belleza ideal y una honda inclinación del artista que le arrastra a un mundo sin perfumes, ancestral, casi anterior a toda comunicación.

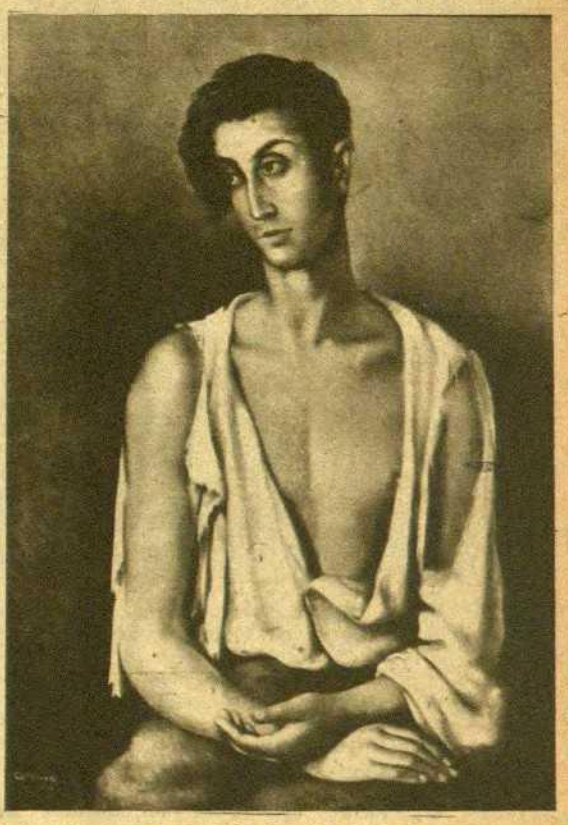
El verdadero problema de esta pintura es el de su adecuación plástica. En la Exposición actual, si exceptuamos algunos paisajes y pasteles, lo demás produce un poco el efecto de magníficos impulsos frustrados por no hallar la materia propicia que los acoja. Temas de amplia composición exigen grandes dimensiones, la amplitud del muro o del techo. En rigor, sólo pueden estimarse como bocetos o estudios, primer paso de una concreción definitiva. Lo más decisivo del arte del artista se resiste a los tamaños y procedimientos utilizados. Superar esta etapa de esbozo, y lo que es más aun, no dejarse aprisionar por los peligros de una reiterada afirmación de principios que ha ya agotado sus posibilidades plásticas, constituye el gran problema de esta pintura. Puede decirse que Mozos no ha encontrado todavía su centro, y por eso, su obra tiene siempre algo de confuso y de indeterminado que si, por una parte, proviene de su mismo espíritu, por otra depende exclusivamente del hecho de no haberse podido comprometer en una gran empresa que nos dé, íntegramente, su gloria o su fracaso.

Pedro Mozos. — «Paisaje piedralabés»

A. Carbonell

(Pictoria)

El contorno, la línea escueta y precisa, significa el máximo empeño del arte de Arturo Carbonell, tan italianizante por su espíritu. Máxima objetividad en la fijación del modelo y, al mismo tiempo, una tierna fantasía en el color, que compensa, en parte, la primitiva frialdad conceptual. Sus gamas, tan claras y rotundas, tienen, a veces, la alegría escenográfica producida por la luz de las candilejas; o, también, el suave encanto de nuevos popularismos —véase su composición «San Rafael» —. Pero no es una pintura precisamente decorativa. Hay innegable intensidad en los rostros inclinados, un esfuerzo composicional en las figuras y, sobre todo, un gran sentido del orden y el aseo. Arturo Carbonell, con su dibujo justo y su color encendido, representa no sólo un clima geográfico, sino también una exigencia plástica muy concreta.



A. Carbonell. — «Mendigo»

S. Badía

(Vinçon)

En el comentario de la primera Exposición de Badía señalábamos el innegable interés de este joven escultor. Su comprensión de los volúmenes es realmente extraordinaria, y ahora, que al lado de sus tallas al boj, expone ya figuras y relieves de mayor importancia, se corroboran plenamente los primeros vaticinios. Badía, discípulo del gran Manolo, demuestra un extraordinario temperamento. Su robusta y barroca concepción de la forma es todavía un poco impersonal. Pero su base es tan sólida y la vida del artista tan breve, que es lógico confiar en sucesivas experiencias.

José Tapiola

(Syra)

Los paisajes del joven pintor gerundense José Tapiola demuestran un innegable ímpetu colorístico. He aquí una primera Exposición que se aparta de la mediocridad corriente. Hay fuerza e ilusión en esta pintura. Quizá falle un poco la estructuración del paisaje; pero el arco iris de la paleta es casi siempre de una autenticidad sorprendente.

J. T.

SALA BUSQUETS
Paseo de Gracia, 36
EXPOSICION
Ramón Cortés

ARGOS
LIBRERIA EDITORIAL
P.º Gracia, 30
EXPOSICION
PEDRO MOZOS
óleos y pasteles

PICTORIA
Caspe, 21
A. CARBONELL

GALERIAS REIG
P.º de Gracia, 15 - Tl. 16141
EXPOSICION
SANJUAN
ESCULTURA - PINTURA
Del 15 al 28 de enero

Sala Vinçon
PASEO DE GRACIA, 96
EXPOSICION
S. BADIA
ESCULTURAS
del 8 al 21 enero

SYRA
EXPOSICION
José Tapiola

LA PINACOTECA
MARCOS Y GRABADOS
P.º Gracia, 34. Teléf. 13704
EXPOSICION
Bosch - Roger

GALERIAS AUGUSTA
Avda. Generalísimo Franco, 478
Vía Augusta, 2
EXPOSICION
EDUARDO GENER

Galerías Layetanas
Avenida José Antonio, 613
Teléfono 12825
EXPOSICION
PERONA
Miniaturas al óleo
del 7 al 20 de enero

SALA ROVIRA
Rambla de Cataluña, 62
LUIS MORATÓ
DIBUJOS
A la mina de plomo y coloreados
Del 15 al 28 de enero

SALA CASPAP
MARCOS CUADROS
Consejo de Ciento, 323
Teléfono 12064
EXPOSICION
MIGUEL RENOM
del 15 al 28

SALA BARCINO
P.º Gracia, 19 - Teléf. 12367
BARCELONA
MARCOS Y GRABADOS
EXPOSICION
JOSE M.ª CHICO PRATS

Para festejar el décimo aniversario de «La Fuerza por la Alegria», el «ballet» de la Opera de París, invitado por el Gobierno alemán, se traslada a Berlín. La compañía lleva de repertorio «Icaro», «Le chevalier et la Damoiselle», «Suite en Blanco», el «Preludio para la Siesta de un Fauno» y «Bolero». La selección la hizo Serge Lifar y encierra los mejores éxitos de su actuación personal. Sin duda es sintomático, y acredita la compleja personalidad del gran bailarín, el hecho de que triunfe en obras tan esencialmente opuestas como «Icaro», poema coreográfico en el que el acompañamiento musical, obra del director de orquesta Szyfer, fué escrito sólo para instrumentos de percusión, subordinándose por completo a las exigencias eurítmicas de la danza, y, en cambio, en la «Siesta de un Fauno» y en la «Suite en Blanco» la coreografía no hace más que ilustrar o amplificar el sentido de la música. «Icaro» fué la consecuencia de un manifiesto de Lifar a favor de la supremacia de la coreografía sobre la música. Los «ballets» que posteriormente fué creando es innegable que contradicen aquellas ideas. Sería interesante saber lo qué hay de retorno en esta postura estética de Lifar, que tantas admiraciones despierta.

CAPITOLIO

LUNES, 17 ESTRENO

Johnny WEISSMULLER

Maureen O'SULLIVAN

JOHN SHEFFIELD • IAN HUNTER
HENRY STEPHENSON • FRIEDA INESCORT
HENRY WILCOXON • LARAINE DAY

DIRECTOR RICHARD THORPE

EMOCIONES - LUCHAS - AVENTURAS - ESCENAS INOLVIDABLES
RITMO TREPIDANTE - EXTERIORES DE BELLEZA UNICA

DE MEDIODIA

CRONICA DE CINE

POR ANGEL ZUÑIGA

KING VIDOR

Un nuevo film de Vidor ha aparecido estos días en nuestras pantallas. Se titula «La ciudadela». Está adaptado de la novela del mismo título de Cronin. Con esta obra, su autor ha querido evangelizar sobre el uso frívolo y despreocupado de la profesión médica. Ha querido elevar la novela a caso de conciencia, a través de unas páginas preñadas de pasión. De aquí que, más que por sus valores como pieza literaria, cuenta el libro por acecharnos, al volver de cada página, el caballero generoso que ha de pedirnos cuentas de nuestro hacer, de nuestro quehacer.

Cronin arremete contra el filisteísmo. Contra ese estar al sol que más caliente, que es lo que a diario vemos en nuestro diario vivir. Pretende realizar en vivo una intervención quirúrgica sobre nuestro espíritu, amputándole la irresponsabilidad y quedando sólo un muñón con trascendentales cicatrices. No es que defienda la invulnerabilidad de la ciencia, llena de poros por los que filtrar nuestra protesta. Esta fe en la ciencia, es uno de los últimos ídolos que hemos derrumbado. Si queda todavía en el paso de nuestras almas como creencia muerta —uso la misma expresión de Stuart Mill—, resulta totalmente inoperante en cuanto las conquistas del laboratorio no vienen condicionadas por la sensibilidad hacia el dolor ajeno, ante los dolores del mundo.

Este tema, el de la denuncia de abusos, que es piedra fundamental en toda cinematografía (creo que de vez en cuando tendríamos que intentar también nosotros este enjuague espiritual del que nos hallamos tan necesitados)

King Vidor, el genial realizador norteamericano

parece venir como anillo al dedo de King Vidor. ¡King Vidor! Yo no sé de otro director que haya calado tan hondo en el sentir del siglo. Ningún otro ha logrado, como él, con medios más sencillos, primitivos si se quiere, pero, por eso mismo, plenos de la fuerza misteriosa de las cosas primitivas, destilar la emoción de la vida en los temas más de nuestro tiempo: el problema del sin trabajo, el del hombre considerado como masa, el del hombre ante la guerra, el de la calle en una ciudad del siglo XX, el del alma de una raza...

King Vidor ha sido quien mejor ha diagnosticado sobre la humana existencia. Para ello ha contado con la poesía sencilla y buena de las cosas. Porque la poesía de lo cotidiano acostumbra a ser eso: buena y sencilla. King Vidor ha reflejado todo eso. Y algo más. Ha sido el director que entonó un magnífico canto de gallo, anuncio de alboradas que nos iban a descubrir horizontes de suprema creación en el cine norteamericano.

Con «La ciudadela» reaparece ante nosotros. Es lástima que los productores ingleses no hayan concedido a Vidor carta blanca para filmar esta obra. Porque «La ciudadela» es, ante todo, un film de encargo. Film de encargo en el sentido de que la fuerza dramática de la obra se evapora entre las concesiones al público orientadas hacia un final feliz, inexistente en la novela. Yo hubiese preferido que la adaptación hubiese dormido, como un niño en la cuna, por el carril de la órbita novelística. Me parece excelente y necesario prescindir de la novela, cuando los episodios de ésta representan un lastre, pero no cuando pueden ser, como en este caso, el camino trazado hacia una excelente narración cinematográfica.

En este aspecto, apenas si «La ciudadela», film, llega a la nota patética de la novela. La raza, es cierto. Pero se evade de ella por temor a que el film mengüe sus posibilidades comerciales. Busca tonos menos fuertes para diluír la acerba crítica de una serie de hechos existentes y lamentables.

Y, aún y con todo eso, todavía es «La ciudadela» una notable cinta que, con un poco más de valentía en sus productores, hubiese podido culminar en una obra lograda. Le falta poco para serlo. La nota fría del conjunto se debe a haber recortado sus posibilidades emotivas antes de comenzar la filmación. Pero son muchos los instantes excelentes de la obra. Y esos momentos son aquellos en que King Vidor manipula con sus propios medios. Cuando recuerda los tipos y las situaciones de sus mejores films. Cuando pone en ellos la pristina emoción de sus más caros sentimientos, que surgen a cada instante, en el desfilar de lo ínfimo, de las pequeñeces de la vida. Si el film tiene momentos logradísimos —el parto del niño a quien salva el doctor; aquellos pies danzando de la niña curada— débense a King Vidor. Sin olvidar tampoco a unos intérpretes como Robert Donat, Rosalind Russell, Ralph Richardson, notabilísimos. Con esos elementos, King Vidor logra sacar partido de buena parte de la cinta. Logra transmitir con diáfana claridad el mensaje que en ella palpita. Un mensaje que no necesita cifra para ser comprendido por todos. Una idea que rasga los aires, luminosa y alegre, y plena de comprensión. En estos momentos vemos al King Vidor de siempre. Al King Vidor que yo amo. Al King Vidor que ha defendido siempre los más altos ideales de la vida. Aquellos ideales que nos quiso hacer creer que habían sido ducado, cuando era como hacernos creer que había muerto el espíritu de creación que, en un momento augus-

Una dramática escena de «La Ciudadela»

flotó sobre las aguas. «La ciudadela» posee algo de eso. Y, con sus limitaciones, alienta en ella la llama del gran realizador que el cine ha tenido en sus primeros cuarenta años.

COLISEUM

Filmar a la perfección lo consiguen pocos ALFRED HICHTCOCK lo alcanza en

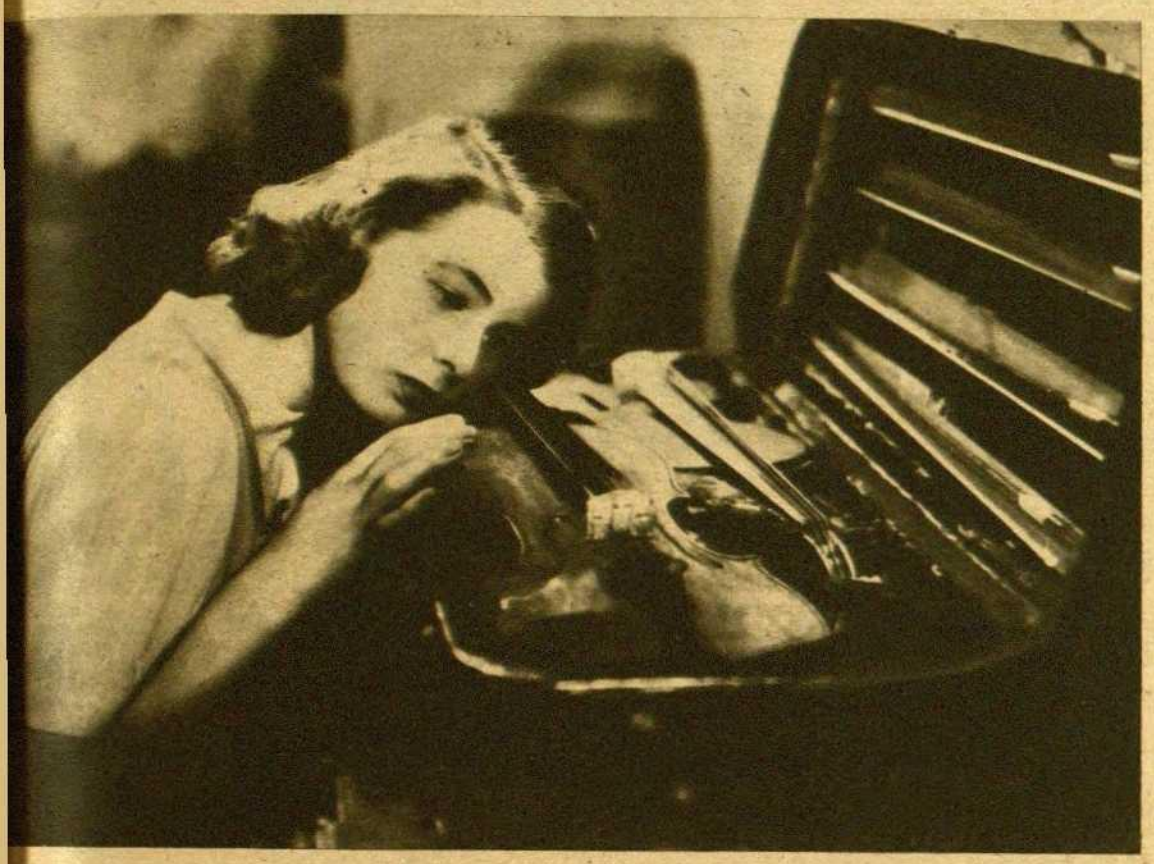
Tarde, a las 4 - Noche, a las 10
Mañana, a las 11, matinal

A MEDIANOCHE

DESTINO
presentará

INTERMEZZO

con LESLIE HOWARD e INGRID BERGMAN



Leslie Howard, el gran actor de la pantalla mundial, realiza en «Intermezzo», el film producido por Selznick y dirigido por Gregory Ratoff, una de sus admirables creaciones. Esta vez tiene a su lado una actriz excepcional: Ingrid Bergman. Quiera nuestro público la recuerde por una cinta alemana: «El pacto de las cuatro», que nos dió medida de sus posibilidades. En Hollywood, Ingrid Bergman ha constituído la revelación de estos últimos años. Su aparición en «Intermezzo» señaló la extraordinaria calidad expresiva de esta actriz, quien luego ha desempeñado partes importantísimas en cintas de categoría como «Casablanca» y «For whom the bells toll». «Intermezzo» nos dará ocasión, pues, de constatar el talento de esta nueva intérprete de la pantalla americana.

El golfo de San Sebastián

DIAS atrás, y por primera vez en su vida, irrumpió el maestro Sorozábal en el coso taurino. Acaeció el suceso en la plaza de las Arenas y fué el diestro Mario Cabré el mentor del debutante.

Esta noche, en su cuarto del Principal Palacio, el músico examina las fotografías perpetuadoras de su faena.

—Amplíe usted el toro, por favor... — suplica al fotógrafo, al tiempo de encargarle nuevas copias.

Cabré interviene para decir que Sorozábal portóse ante la res brayamente, con valor y pericia impropios de un profano. No solamente salió del trance incólumne, sino que incluso «mandó» en el toro.

El autor de «Don Manolito», que oye embebecido a su asesor taurómaco, observa:

—Si en vez de ocurrirme eso a los cuarenta y seis años, me acontece a los diez y seis, hubiese sido irremediablemente torero.

Los contertulios protestan: «Usted hubiera sido músico de todas formas.» «La vocación siempre sale a flote», etc., etc.

—No lo crean ustedes — replica Sorozábal —. En mi adolescencia necesitaba ganarme la vida como fuera. Hubiera sido torero, como faltó un pelo para que me metiese a boxeador. Corría por San Sebastián un púgil americano empeñado en iniciarme en su profesión. Me había convencido de que me dejara aplastar la nariz, cuando me enteré de que, por las fechas, se retribuía apenas a los boxeadores. Conservé por tanto, intacta la nariz. En cuanto a la vocación musical...

Sorozábal relata, con sobria emoción, los primeros y penosos capítulos de su vida. Nos enteramos por él de que vino al mundo en una familia numerosísima: siete hermanos, hijos de un humildísimo obrero cantero. Que en la casa faltaba todo. Que a los siete años, al despertar por la mañana, y según la cara que presentaba su madre, sabía Pablo exactamente la situación pecuniaria del hogar. La mayoría de las veces, el rostro maternal aparecía nublado. En tal trance, conocía el muchacho su misión, que era cargar con un saco de trapos para la «tía Petra», una trapera del barrio. Al regreso de la comisión, entablábanse en su conciencia terribles luchas nacidas del pensar si era o no lógico escamotear algunos céntimos del producto de la venta... De una parte, la ilusión puesta en alguna chuchería que ambicionaba comprar; de otra, el constarle que aquel dinero representaba el pan de sus hermanos...

—Como pueden ver — comenta Sorozábal —, la vida amaneció para mí muy dura. Como perfectos golfos que éramos, merodeábamos los hermanos por la calle, cometiendo un sin fin de barbaridades. Tanto que llegó a ser nuestra banda el terror de San Sebastián. Acechábamos y agrediamos a pedradas, especialmente, a los «tirillas», los hijos de familias bien, llamados así por el cuello y la corbata detonantes que usaban... Cierto día vimos a un grupo de «tirillas» hacer cola frente a la Sociedad de Bellas Artes. «¿Qué hacen éstos?», preguntamos. «Se están matriculando para las clases de música». «¿Las clases de música...? ¿Se paga para eso?» «No.» «Pues, ¿y si nos matriculáramos todos?» La broma nos pareció de perlas. Tras los «tirillas» se inscribió la pandilla en la escuela. El oficial de secretaría se asustó a la vista de tan pintorescos alumnos...

Así se decidió la suerte de Sorozábal, jamás interesado por la música; sin antecedente alguno musical en la familia. Sus camaradas de travesuras, sus hermanos, no fueron ni a la primera clase. A Pablo, que quiso ver qué era aquello, impresionáronle de tal modo unos acordes de armonium ejecutados por el profesor, que asistió puntualmente al curso. Cierto que fué un alumno algo obtuso y que al final le suspendieron. No lo es menos que había tomado ya afición al arte; que le había ya penetrado el virus de la música.

Fuí músico, pues, por pura casualidad. Mi padre soñaba en que algunos de los hijos mayores fuéramos aparejadores, delineantes, supremos peldaños de su ramo... El hombre no se salió con la suya. Yo fuí músico. Mi hermano menor, envenenado por mí, fué también músico... A los trece años, ganaba yo catorce reales diarios tocando el violín en el teatro. A mis familiares parecíales fabuloso un sueldo que me exigía rascar durante diez o doce horas diarias en aquellas interminables funciones líricas de antaño.

Sorozábal cree en la sensibilidad mucho antes que en la vocación. El

El maestro Sorozábal

arte es cuestión de sensibilidad. De aquí que opine que sin corazón no sea posible al artista seguir adelante.

—Mi escuela —afirma— ha sido la vida. Nadie me ha enseñado nada y cuánto sé lo he aprendido solo. Esta particularidad me ha agudizado de tal forma la sensibilidad, que ante un libro, una página escrita, distingo inmediatamente entre lo que obedece a un sentimiento humano y lo que es mero artificio.

Esta conversación con Sorozábal tenía lugar la víspera de la Epifanía. El maestro salía para Madrid, a hacer los Reyes de su hijo.

—Porque yo carecí de todo — dice — anhelo que a mi pequeño no le falte nada. Pienso llenarle los balcones de juguetes. Tiene nueve años, y si pudiera le prorrogaría indefinidamente la ilusión. Que no le ocurra lo que a su padre, que a los seis años, frente a una cabalgata de Reyes, en San Sebastián, con las manos en los bolsillos, el hambre en el estómago y el rencor en el corazón, pensaba exactamente lo mismo que ahora...

—¿Este chico será también músico? — preguntamos al maestro.

—¡Qué sé yo! A lo mejor carecerá de oficio o será artista de cine, o cualquier cosa absurda... Sea lo que Dios quiera. No tendrá necesidad de aperrearse por el sustento, porque aquí está su padre, para luchar por él, para pelearse en defensa suya...

El maestro ha dicho esto con orgullo y majeza. Después, ya en función de Mago, promete otro regalo, éste al torero Cabré.

—Aprovechando la fiesta de mañana, voy a componerle un pasodoble. A ver si tengo suerte y logramos popularizarlo. El estribillo, cantable, vaciado en alguna frase catalana, pregonadora de su origen.

Cabré — muchacho culto, gran admirador de Sorozábal — se friega las manos de gusto, ante la oferta del maestro.

—Lo estrenaremos en mayo, en la Monumental — dice —, cuando mi primera corrida en Barcelona.

—Eso. Y si quiere — concluyó Sorozábal — usted dirigirá la banda y yo le mataré el toro.

SEMPRONIO

ESCENARIO

...as una temporada por Fran... el célebre actor alemán Heinrich ...rge, tan conocido en España en ...actuaciones cinematográficas, ha ...a con el Schiller-Theater de Ber... una serie de representaciones de ...Alcalde de Zalamea», en Brusela y en las principales ciudades de ...ánica.

•

...uego de Calderón, Cervantes. Una ...ión patética de algunos personaje de la obra Cervantina, la ha dado ... Narbeshuber en «Las bodas de ...acho», estrenada hace unos días ... Leipzig.

En la Comedia Francesa de París, se representó la famosa obra de Paul Claudel, «Le soulier de Satin». Jean Louis Barrault que aparece en nuestra fotografía, es además de actor, el que ha montado el espectáculo. La obra ha sido estrenada con música de Arthur Honneger, y con decorados de M. L. Contaud. Durante más de cuatro horas se entrega el público a la serie de prodigios que hace brotar en escena este nuevo Próspero, que es Paul Claudel. La obra que algún crítico ha dicho que era tan solemne como una gran misa cantada ha sido reducida a treinta y tres cuadros, por Jean Louis Barrault. De lo contrario hubiera llegado a cerca diez horas de representación. Los cambios de decoración se han hecho a la vista del público, lo que provoca una especie de gracioso ballet entre los tramoyistas vestidos con mono azul y el suntuoso ropaje español de los actores vestidos de época. Marie Bell, Madeleine Renaud, Jeanne Sully, Anné Clariond, el propio Jean Louis Barrault participan en esta visión teatral resuelta con la magia de la lírica en «Le soulier de satin».

Esta obra de Paul Claudel es un verdadero cosmos dramático: por la abundancia de las ideas, por la amplitud de la composición, por las variaciones del pensamiento en cada uno de los personajes.

Todo ello investido en una fuerte coherencia en medio de su desordenada majestuosidad. El intento de la obra, el tema mayor es el de sumergirse el hombre dentro de su propio destino ante Dios y ante sí mismo. Y todo esto trasladado al siglo XVI, al terrible hormigueo vital de fines del siglo XVI en España, donde adquiere fuerza y vigor y enorme densidad poética esta obra, construída, edificada mejor, sobre sólidos sillares y que se levanta en vilo de una inspiración riquísima, casi litúrgica.

GUION cinematográfico

«FRUTO DORADO». — Director: Jack Conway. — Intérpretes: Clark Gable, Spencer Tracy, Claudette Colbert, Hedy Lamarr, Frank Morgan, Lionel Atwill. — TIVOLI.

He aquí un film para el que no se han regateado medios económicos. Un reparto excelente, escenas espectaculares como las del incendio de los pozos de petróleo, movimiento de masas, ambientación bastante cuidada, en fin, todo cuanto puede llegar a constituir una obra de envergadura. De que no sea así ha de culparse al asunto y, sobre todo, a la forma en que está desarrollado, en el que se pierde el matiz para dibujar a grandes pinceladas los muchos y repetidos episodios de que cuenta el film, agravado por un diálogo profuso. Es un film pensado solamente para las grandes masas espectadoras.

En la interpretación destaca Clark Gable por encima de sus compañeros, pese a que Spencer Tracy es un gran actor. Clark Gable une a su habilidad interpretativa ciertas condiciones fotogénicas, realmente insuperables. Claudette Colbert, descentrada en este personaje. Y Hedy Lamarr tan artificial como de costumbre. Una pregunta, ¿por qué en lugar de este film no se importó «La buena tierra», de Sidney Franklyn, con Paul Muni y Louise Rainer.

¿Ha leído Vd.
Huracán en Jamaica?

por RICHARD HUGHES

Un libro extraordinario distinto de todos los demás, sobre el cual Plá ha escrito:

«Si yo pudiera tener suficiente fuerza sugestiva para lograr que lo leyeran mis amigos, estoy seguro que dentro de quince días todo Barcelona hablaría de este libro.»

(«Destino»)

EDICIONES DESTINO, S. L.
BARCELONA

Con Walter Foeger, campeón mundial de esquí

El sol del alto Tirol ha tiznado el rostro de Walter Foeger. Por los poros de su cara transpira la alegría y la salud del deportista de la nieve que pasa sus inviernos en sano contacto con la Naturaleza.

Hace unos minutos el gran pájaro metálico de la Lufthansa le ha dejado en la pista del Prat. Son sólo unos momentos los que va a permanecer aquí el gran esquiador alemán, los necesarios para que el aparato deje la correspondencia, reposte de gasolina y emprenda de nuevo su vuelo, rumbo a Madrid, destino definitivo de Foeger que, como en la pasada temporada, va a ponerse a las órdenes de la Federación Española de Esquí, para cuidar de la preparación de nuestros deportistas blancos.

Y en este rincón minúsculo y coquetón del bar del aeródromo, cruzamos algunas impresiones.

—¿Satisfecho de su nuevo viaje a España, Walter?

—*Encantado. Me hallaba en el Tirol, mi punto de origen, entre-*

nándome cuando recibí la orden de mi Federación de marchar a España.

—¿Cree que puede desarrollar entre los esquiadores españoles una labor fructífera?

—*Así lo espero. Durante mi estancia en vuestras sierras, el pasado invierno, comprobé que el temperamento español, vivaz e inteligente, es muy apto para formar buenos corredores de descenso y de habilidad, pruebas en las que la intuición y la velocidad de reflejos cobran un papel primordial.*

—¿Qué tal el esquí en Alemania?

—*La guerra ha causado también dolorosas pérdidas en las filas de los esquiadores. Así las bajas de Pepi Jennewein y Rudi Cranz, dejan dos huecos de difícil cobertura. Entre las juventudes existe más afición que nunca a la nieve, y espero que de ella surjan los valores que mantengan en primer plano el reconocido prestigio del esquí alemán.*

—¿Empezará pronto su labor en España?

—*Teóricamente estoy en disposición de explicar en seguida mis primeras lecciones. Han de pasar aún unos días antes no pueda calzar los esquíes, pues sufrí una mala caída en uno de mis últimos entrenamientos, y estoy lesionado.*

Ronca nuevamente el avión en la pista de asfalto y Walter Foeger acude a la llamada.

Y pronto el aparato es un punto metálico en el azul del cielo.

¿Qué hacen los ases al margen del deporte?

Mariano Martín ha abierto un comercio de artículos deportivos

—¿Qué haces cuando no juegas al fútbol, Martín, —preguntamos al delantero centro internacional del «Barcelona».

La pregunta quizá sobra, pues sabemos perfectamente que el goleador azulgrana ha abierto una tienda de juguetes en la Avenida de la Luz. Pero es él quien ha de decirlo a los lectores de DESTINO.

—He abierto hace unos días un comercio de artículos deportivos y juguetes en la Avenida de la Luz.

—¿Qué te impulsó a ello?

—Varias razones. En primer lugar que quiero crearme una actividad al margen del fútbol. El deporte no dura toda la vida y no hay que olvidar el mañana, cosa de la que no siempre se han preocupado los futbolistas. Con mi camarada de equipo Benito concebimos la idea de nuestra tienda de artículos deportivos. Y en su realización hemos puesto todo nuestro entusiasmo. Estamos contentos, pues el favor que el público nos ha dispensado en los primeros días de venta nos anima en nuestra labor.

—Si los negocios te van bien, ¿piensas retirarte pronto?

—Si una lesión no me aparta del fútbol, y hasta ahora en este sentido he tenido suerte, pienso seguir jugando mientras conserve mis facultades físicas.

Y aquí termina la charla con Mariano Martín, jugador de fútbol y ahora hombre de negocios.

Lo que no dice el internacional es que uno de los factores del éxito de su venta de Reyes, en su tienda, fué el obsequiar a cada comprador con un autógrafo. Indudablemente, Martín tiene sagacidad comercial.

A MEDIA VOZ...

La actuación del boxeador Francisco Peiró, en Lisboa, como animador de una orquesta de «jazz», no fué un caso esporádico como podría suponerse. Según nos aseguran, están muy adelantados los preparativos para la presentación oficial de una orquesta al frente de la cual, como director y vocalista, figurará Peiró.

Suponemos que el campeón querrá apartarse de la vulgaridad y, como corresponde a un boxeador profesional, bautizará a su orquesta con un título parecido al de «El campeón Francisco Peiró y sus segundos». A los que, naturalmente, esperamos hará vestir de uniforme.

PRIMER PLANO

¿Equipos de clubs? Equipos de marcas

COMENZO siendo un tenue rumor. Luego fué tomando cuerpo y cuajó en un secreto a voces. El «Barcelona» iba a disolver su sección de ciclismo. Y, ahora, han aparecido los primeros destellos confirmativos en el momento en que un entusiasta corredor, azul-grana de siempre, se ha inscrito en una prueba exhibiendo su licencia «por decidir».

La realidad se ha impuesto una vez más. Las secciones ciclistas de corredores profesionales son caras, y le club que quiera permitirse el lujo de tener en sus filas unos cuantos «ases» del pedal, ha de estar dispuesto a hacer un verdadero sacrificio económico que, por lo que se va viendo, sólo rinde, en el mejor de los casos, gloria y honor.

El problema no es una novedad de hoy que haya surgido inesperadamente. Cuando los grandes clubs de ftúbol quisieron dar a sus secciones ciclistas este empuje que las ha caracterizado en las últimas temporadas, no faltó quien levantara la voz para opinar sobre las dificultades que presentaba el proyecto y el poco brillante final que le esperaba al ciclismo profesional. A pesar de todo, con la buena intención de difundir mayormente el ciclismo inyectándole un poco de unas rivalidades deportivas más o menos acreditadas en el aspecto futbolístico, se fundaron los grandes equipos profesionales a base de los escasos corredores de verdadera talla con que contaba el país. Cualquier desapasionado que haya seguido la actuación de tales equipos, se daría cuenta en seguida de que el compromiso moral que adquirían los patrocinadores de la idea era una especie de letra aceptada que a su vencimiento no se podría pagar. Y ya llegó, desgraciadamente, la hora del protesto.

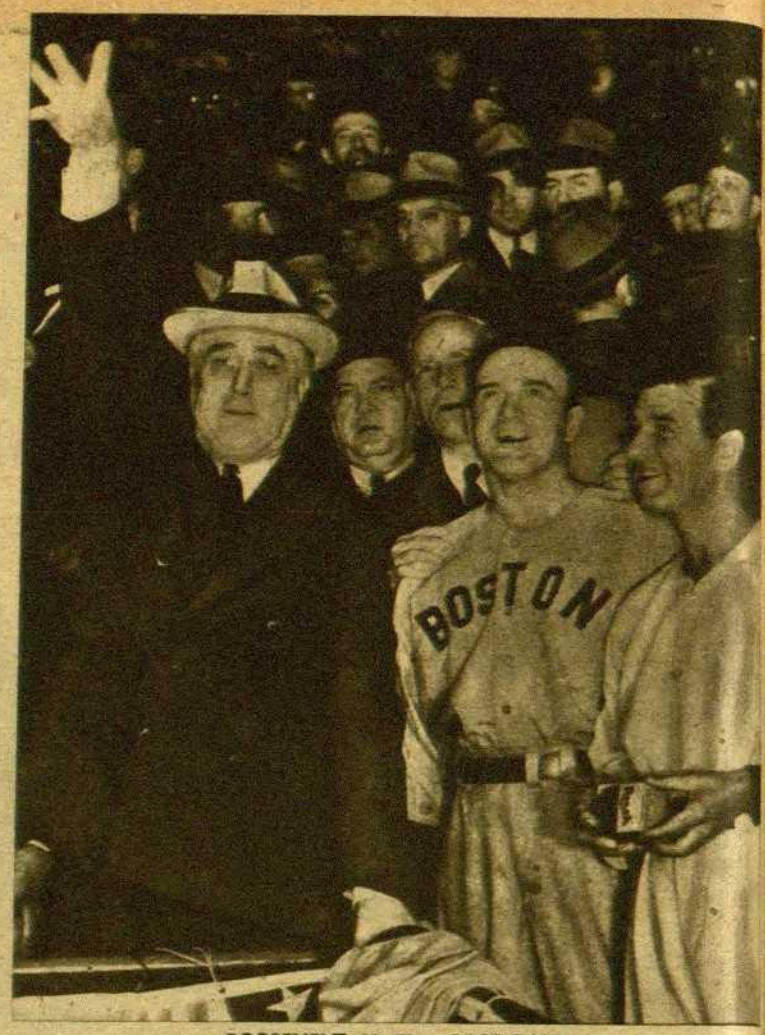
El ciclista profesional es un ciudadano que, como cualquier otro, ha de consagrarse por entero a su profesión, y la dureza de ésta le obliga a mantenerse constantemente bien preparado físicamente. Consecuencia de ello es que el verdadero profesional de la bicicleta no puede dedicarse a ninguna otra clase de profesión. Pero, al propio tiempo, el corredor profesional tiene derecho a la vida. Y para vivir bien se necesita mucho dinero. Forzosamente un buen ciclista profesional ha de ganar un buen sueldo, y un equipo de buenos ciclistas profesionales representa, por lo tanto, un equipo de buenos sueldos, que, careciendo de compensación económica, no es cosa fácil de soportar.

No sería lógico escribir que un club que sostiene amplios equipos de futbolistas profesionales, puede hacer lo propio con una reducida sección de ciclismo. El fútbol profesional no lo sostienen los clubs, sino los simpatizantes. Si los profesionales del fútbol jugaran en mitad de una carretera o pasaran de largo, dándole al balón, por las calles de un pueblo, sólo dos docenas de románticos contribuirían con su cuota mensual al sostenimiento de los clubs. Exactamente los mismos que figuran en las listas de socios de nuestras modestas agrupaciones ciclistas. Otra cosa sería, tal vez, si el ciclismo contara con excelentes pistas cubiertas en las que unas pruebas ciclistas pudieran reunir legiones de espectadores que pagasen su entrada. Y decimos tal vez, porque quedaría por ver si el ciclismo-espectáculo sería capaz de atraer y apasionar en términos que hiciera posible con continuidad un rendimiento económico adecuado.

Pero ni aún así se resolvería el problema, porque el gran ciclismo, el que las masas consideran como verdadero, el ciclismo de las Vueltas a Cataluña, de los Circuitos del Norte, no es posible convertirlo en espectáculo de pago. Esta clase de ciclismo es la que mantiene la gran afición y multiplica los adeptos. Ya hacen mucho los organizadores de las grandes pruebas de la ruta al dotarles de buenos premios en metálico, pero ello no es suficiente porque las grandes carreras son pocas y, por añadidura, los vencedores acostumbran a ser siempre los mismos. Hace falta que se organice la vida de los profesionales del ciclismo a cargo de quien pueda obtener de sus servicios una compensación económica.

Y este papel no puede estar reservado a los clubs de fútbol. Su mecenismo era loable y bien intencionado, pero a la larga forzosamente sus arcas habían de acusar el cansancio. Los ciclistas profesionales deben de estar adscritos lógicamente al servicio de las marcas de ciclos, y sus sueldos y retribuciones han de figurar en las cuentas de gastos de propaganda de las mismas. España cuenta con una industria del ciclo mayor de edad que está en condiciones de poder propagar sus productos de esta forma, que es, desde luego, la más racional y adecuada. — D.

TAMATINA
Industrias Riera-Marsá



ROOSEVELT Y EL «BASE-BALL»

El «base-ball» es el deporte norteamericano por excelencia. Los grandes partidos del deporte del bate apasionan a las multitudes del país de los rascacielos y a la inauguración de la temporada es tradicional que asista el Presidente de los EE. UU. Por otra parte, el presidente Roosevel es un gran aficionado a este deporte y no pierde, cuando sus ocupaciones se lo permiten, los encuentros que juega el equipo de Wáshington llamado «Senadores». Aquí le vemos en el saque de honor de un partido recientemente jugado en el Estadio Griffiths de la capital estadounidense, entre la novena de Boston y la de Wáshington

Pepe Nogués, el "Barcelona" y la WM

¿Hacia una total evolución táctica del fútbol español?

Se habla más que nunca en estos días de las tácticas futbolísticas. Antes el aficionado, y por natural reflejo el crítico deportivo, no se preocupaba mucho de cómo jugaba su equipo. Le gustaba, como hoy, verle ganar, mas sin importarle demasiado cómo lo hacía.

Pero los tiempos cambian y todo se complica. También el fútbol, que parecía un juego sencillo y que de día en día va convirtiéndose en un enrevesado «puzzle» en el que se mezclan tácticas, sistemas e innovaciones.

Ahora está de moda entre nuestros equipos la WM, o sea el sistema de retrasar el medio centro colocándolo al pairo de la línea de zagueros.

La WM, que es ahora aquí la fruta del tiempo, no es nada nuevo aun cuando representa una gran novedad digna de estudio en nuestro fútbol que siempre se caracterizó por una alegre improvisación táctica. El verdadero creador de la WM, fué el malogrado Herbert Champann, preparador del famoso «Arsenal», de Londres, equipo que debe su ruta continuada de triunfos a la adopción de este precavido sistema que creó un problema a todos los demás onces ingleses que no tuvieron otro remedio que hacerse con el sistema innovador de Champann para mantener su rango. De Gran Bretaña la WM cruzó mares y ya antes de esta guerra privaba en los mejores equipos de Centro Europa, de donde pasó a Francia, importada por los jugadores austríacos y húngaros que actuaban en los clubs galos.

El «Barcelona» de este año y Pepe Nogués han sido el artífice de la transformación, han cortado su juego al patrón de la WM. Si bien es cierto que la brillantez de la táctica puede discutirse, en modo alguno se prestan a ello sus resultados. Tan sólo por la mínima ha sucumbido el Barcelona en los encuentros perdidos fuera de su campo. Y jugando con sus hombres replegados, con lo que se da a Martín y a sus veloces extremos campo libre a la audacia, ha cosechado magníficos puntos lejos de Las Corts. Sirve, pues, la WM, cuando es aplicada a rajatabla o sea sacrificando el juego y su lucir personal en favor del rendimiento total del equipo, y es un no olvidando la frase de otro gran táctico del fútbol, el austríaco Hugo Meisl, creador del famoso «wunderteam» que paseó su fama durante diez años por todo el Mundo, quien dijo un día refiriéndose a método de juego.

—Bien están las tácticas, mas no olvidando una cosa. Que ellas valen lo que los jugadores que las ponen en práctica...

El juego del Barcelona, que está adoptando otros equipos españoles, plantea interesantes cuestiones respecto al porvenir del fútbol hispano que hasta ahora basó su fuerza en la desmelenada furia que cada vez se estila menos.

¿Evoluciona totalmente el balompié español? He aquí la incógnita. Si la WM toma carta de naturaleza en nuestros campos, creemos que se acabaron aquellas exhibiciones de improvisación, tan propias de nuestros equipos.

Nuestro fútbol habrá perdido, quien lo duda, brillantez. Pero habrá ganado en eficacia.

Y es que en este mundo todo evoluciona hacia lo práctico.

CARLOS PARDO

RETABLO

BRIDGE

ébol (Tr.) — diamante (D.) — corazón (Co.) — pico (P.)

II Lección

EL TRIUNFO

LA idea fundamental del «bridge»—el contrato estri- en que uno de ambos equi- se compromete a hacer un mero determinado de bazas. logra efectivamente hacer- — o sea, si cumple el «con- to» — entonces ha ganado. el caso contrario, el equipo trario gana.

El mínimo de bazas que un ipo debe comprometerse a nar, debe ser de una más las que pueda hacer el ad- rsario. Puesto que sólo se ede llegar a un máximo de ece bazas, el contrato debe ipularse por un mínimo de te bazas. Las seis primeras las mismas se llaman «el ro» (en inglés, «the book»).

Las bazas se realizan cu- endo los naipes inferiores adversario con los propios periores en valor, del mismo lo. Pues bien, cuando no se sean cartas del mismo palo, tiene «el derecho» — ¡pero la obligación! — de cubrir triunfo. En este último ca- incluso el triunfo más pe- eño vale más que la carta s elevada del adversario.

Ejemplo número 1: el adver- rio juega (Tr.) V, usted cubre (Tr.) R. La baza es suya, es R es superior a V.

Ejemplo número 2: Suponga- s que (D.) es el triunfo. El versario juega (P.) A. Pues- que usted no tiene ningún), puede usted llevarse esa rta de elevado valor con su iunfo más bajo, el (D.) 2.

Como ya se desprende de dos ejemplos anteriores, só- se tiene probabilidades de mplir con el «contrato acepta- , disponiendo (1) de cartas valor elevado, o (2) de su- iente número de triunfos.

En cuanto a las cartas de va- elevado, depende únicamen- de la buena o mala suerte e uno entre en la contienda n o sin ellas, pues cada ju- dor las obtiene al ser repar- a la baraja.

No es este el caso del triun- pues se escoge por tal uno otro palo por subasta. He aquí las reglas de la misma: «A», o sea, el que da las cartas, tiene la obligación de iniciar la subasta. Al ver que no posee «honores», o que sólo tiene muy pocos, dará a entender a los demás jugadores que no desea participar en la subasta, pronunciando la palabra «paso». Si también los demás tres jugadores «pasan», entonces el jugador próximo a dar, o sea «X», vuelve a repartir la baraja.

Ahora, es «X» quien tiene la palabra. Supongamos que «X» tiene en su juego algunos «honores» y también cinco a seis (Tr). En tal caso, dirá a sí mismo: «Si el triuno es (Tr.), espero poder hacer «el libro» (esto es, las seis primeras bazas) y, además, otra baza más.» Por consiguiente, iniciará la subasta con la declaración siguiente:

—Un (Tr.).

Ni más ni menos. Los demás jugadores comprenderán que «X» se ha obligado a hacer «el libro» «más» una baza, si (Tr.) es triunfo. En caso de que los demás jugadores no ven la posibilidad de declarar otra cosa, dicen «paso» y (Tr.) será triunfo.

Supongamos ahora que el jugador próximo, o sea, «B», tiene igualmente unos cuantos «honores» y cinco (Co.). Deseará por consiguiente que (Co.) sea triunfo, y participando a la subasta, anunciará:

—Un (Co.).

Como acabamos de ver, «X» ha propuesto como triunfo (Tr.), y «B», (Co.). ¿Cuál de los dos palos quedará aceptado como tal?

Hay que saber que entre los cuatro palos, existe una jerarquía preestablecida: (Tr.), es el palo más bajo; (D.), es su inmediato superior; después sigue (Co.), y ocupa el puesto más elevado de la jerarquía, (P.). En el ejemplo que acabamos de dar más arriba, (Co.) será triunfo, pues es superior a (Tr.).

Una declaración «doble» de un palo más bajo, tiene mayor valor que una declaración sencilla de un palo superior. Por lo tanto, si a la declaración: «Un (Co.)» de «B», «X» contesta con «Dos (Tr.)», entonces ganará la subasta «X», siempre que ningún otro jugador haga otra declaración superior a la suya; tales declaraciones podrían ser, por ejemplo: «Dos (P.)», «Tres (D.)», etcétera.

El jugador que ya haya hecho su declaración, tiene el derecho de aumentar su declaración, excepto en el caso de que los tres jugadores «pasen».

WILLIAM ALDOR

GRAFOLOGIA

por NIGROM

Para «Una Barcelonista» y «El Imparcial»: Sus escritos no sirven, por carecer de las 30 líneas reglamentarias.

Para «Montsolio»: Su carta no sirve, por estar escrita en papel rayado.

Para «Antes de Nacer» y «Un Corazón bromista»: Manden sus señas a la Redacción.

¿ALLELUIA? — Nada de particular ofrece su letra, sino un deseo de diferenciarse de los que le rodean. La nota más destacada en su carácter, está en su voluntad: fuerte, rasgada y de aquellas que difícilmente retroceden por nada. — Es Vd. muy inteligente y, desde luego, tiene un grado apreciable de instrucción. — ¿Siempre escribe así? — Me da la sensación como si en el momento aquel su pluma fuera un desastre. — Normal la imaginación y sentido de la economía. — Instintivo. — Temperamento fuerte, sensual y apasionado. — Positivista en los actos de su vida. — Orgullo de sus propios méritos.

APOLO. — Nota característica de hoy en día, son los nervios, y desgraciadamente usted entra en ese número. — Su existencia es en extremo dinámica, activa e inquieta. Muchas veces su espíritu se debate en un caos de contradicciones y sus sentimientos sufren una serie de alteraciones. Yo creo que, como Vd. tiene voluntad, esforzándose un poco podría dominarse un tanto. — Cerebro absorto casi siempre. — No guarda rencor. — Le gusta comentar y disfruta charlando. — Tendencia a imponer sus ideas. — Su manera de ser, en general, es un algo original. — No se muestra muy afectuoso en el trato corriente.

UN «HINCHA» DEL BARCELONA. — Difícilmente será usted feliz, pues sus entusiasmos y sus ilusiones no perduran, sino que se truecan en el acto en decepciones. Su letra refleja un carácter infantil, todavía no bien formado. En su vida no impera el orden, y muchas veces obra un poco al antojo. No se complique la existencia buscando originalidades, pues su personalidad no quiere extravagancias. — Rachas de ambición. — ¿Desconfiado? — Aficionado a la poesía. — Voluntad mediana y a ratos indecisa. — Falta cultivar el gusto artístico... — Distracción.

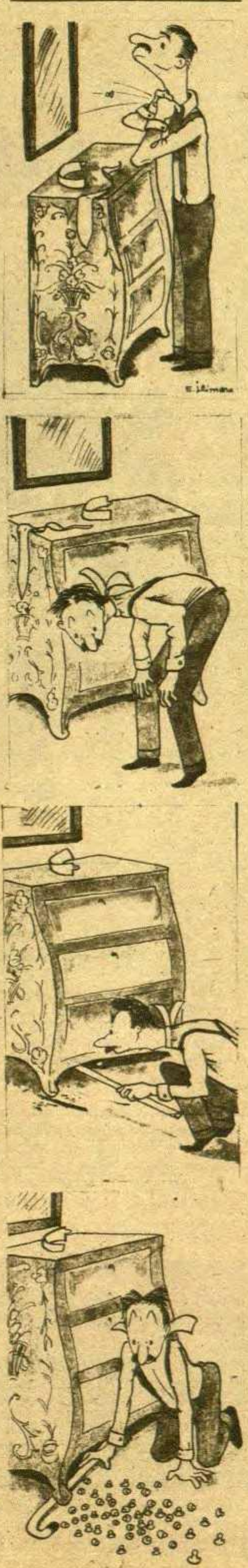
S. I. A. C.-24. — Debe estar furioso conmigo, ¿verdad? Es tanta la correspondencia... Difícilmente se aburrirá usted, pues tiene siempre a su disposición una imaginación tan rica en imágenes, que nunca puede fallarle. — A ello hay que unir un profundo idealismo y una buena dosis de espiritualismo. — Muy sensible, captando los mínimos detalles. — Inteligente y con cultura. — Su valía la conoce usted de sobras, pues se observa en su persona una leve capa de vanidad. — Gustos refinados y modales educados. — Hablador. — Obstinado. — Carácter más bien pesimista, aunque no suele dejarse llevar por el desaliento.

JAIMITO. — Bien, hombre; gracias por sus halagos, y no crea que, en compensación, piense halagarle; pero soy justo al reconocer su magnífica inteligencia y, sobre todo, ese espíritu deductivo, que le permite analizar y examinar los hechos y acciones humanas. — Actividad cerebral muy desarrollada y carácter cien por cien dinámico. — Nervioso. — Escueto y tajante en los afectos, detestando vanas sensiblerías. — Distracción. — Espíritu luchador. — La voluntad no es excesiva y la suple a menudo el ardor y el entusiasmo. — Temperamento fuerte, apasionado y algo sensual. — Sencillez en el trato.

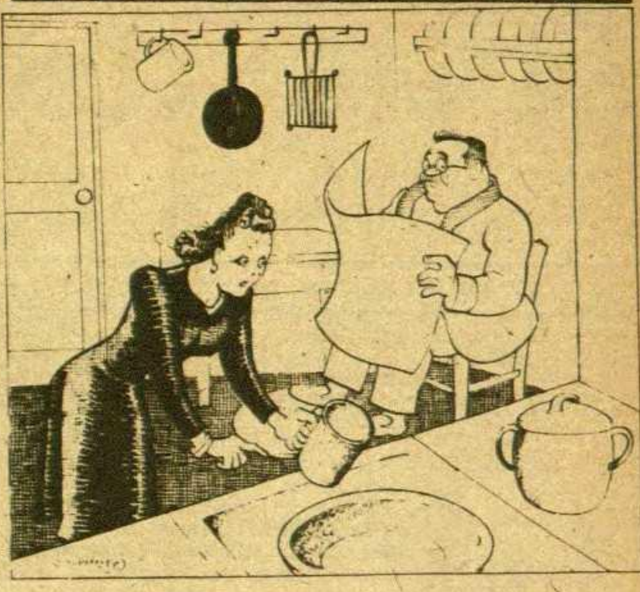
D. P. — Perdone que le contradiga, pero Vd. no ha intentado en serio lo que dice. Con esa voluntad hubiese logrado todo lo que se propusiera. Incluso voy a decirle que debe usted vigilarse, pues ella podría hacerle cometer actos un poco duros y faltos de piedad. — Es usted exagerada y todo lo suyo es así. La imaginación, la sensibilidad, y también, aunque no tan intensamente, el orgullo. — Le gusta contradecir a los demás. — Su trato es afectuoso y mimoso muchas veces. — Pues sí, late un átomo de ambición, velada tal vez, pero que se adueña, poco a poco, de su persona. — Espléndida. — A ratos, en extremo distraída.

CARMINA. — Muy normal es su figura, sin exageraciones y fácilmente interpretada, debido a su sinceridad. — De continuo late en su íntimo una leve capa de ambición. Desea alcanzar «algo», pero no se precipita, sino que aguarda con paciencia. — Tiene usted mucha memoria y una cultura apreciable. — Afectuosa y sociable. — Muy reservada para sus cosas íntimas, que si cuenta, es a alguien de su máxima confianza. — No hay exaltación en la imaginación. — Indecisa en sus determinaciones. — Sin egoísmo. — Ordenada.

HISTORIETA MUDA



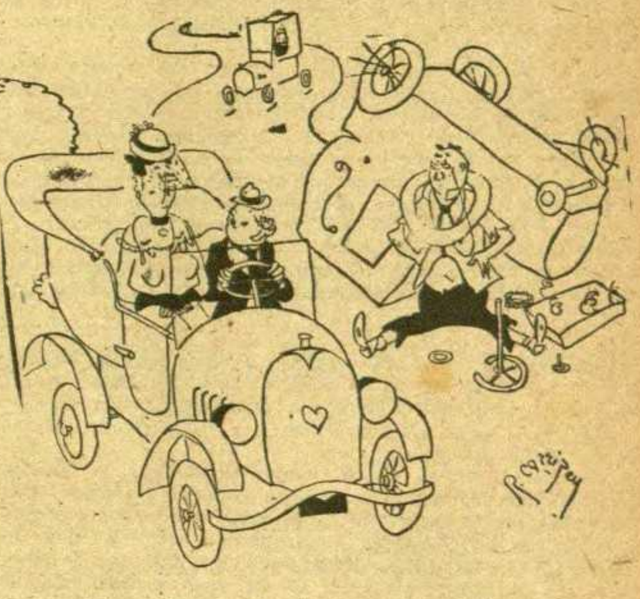
HUMOR



MEDICAMENTOS MODERNOS, por Castanys

—Este cazo tiene cardenillo

—Déjalo. A lo mejor descubren que es un medicamento cien veces más activo que las sulfamidas.



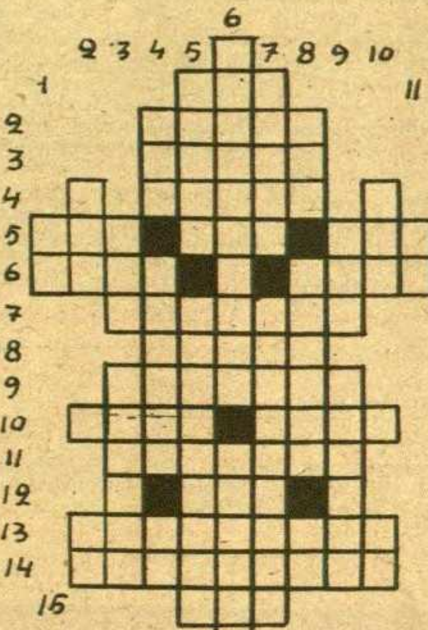
—¿Quiere Vd. que le ayudemos en algo?

—No, ¿por qué?

CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUMERO 169

HORIZONTALES: 1. Fin. — 2. Fruto comestible. — 3. Divertido, al revés. — 4. Pez acantopterigio. — 5. Flor. - Pueblo de Lérida. - Nombre de letra (plural). — 6. Accidente geográfico, al revés. - Sacrificio. — 7. Ave rapaz. — 8. Letra. — 9. Pueblo de la provincia de Valencia. — 10. Final. - Pueblo de Logroño. — 11. Manicomio. — 12. Pasión. — 13. Monótono, afectado. — 14. Utensilios usados por los joyeros. — 15. Aquiescencia.



VERTICALES: 1. Artículo. — 2. Palabra usada en términos musicales, al revés. - Voz familiar, al revés. — 3. Flúido, al revés. - Tumor. — 4. Voz onomatopéyica, al revés. - Escenario de una batalla adversa a las armas españolas. - Contracción. — 5. Ilumina. - Remolinos. - 6. Arte. - Vasija con tapadera, al revés. — 7. Ciudad de Francia. - Alga feofícea. — 8. Condimento. — Expresión gitana. - Prefijo. — 9. Río de Francia, afluente del Ródano. - Vive. — 10. Período de tiempo. - Pronombre. — 11. Anagrama comercial.

SOLUCIONES

SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUMERO 168

HORIZONTALES: 1. Pan. — 2. Ira. — 3. Cánovas. — 4. Pi. - Así. - Ep. — 5. Atoc. - Dama. — 6. Tabulador. — 7. Carol. - Dalia — 8. Sano. - Enas. — 9. Sos. — 10. Mar. - Tal. — 11. Reparadoras. — 12 América. — 13. Atila. — 14. Oña. — 15. Sar.

VERTICALES: 1. Patas. - Me. — 2. Cítara. - Apa. — 3. Obón. - Rama. — 4. Pináculos. - Retos. — 5. Faros. - Ocarina. — 6. Navidades. - Dilar. — 7. Adán. - Toca. — 8. Sémola. - Ara. — 9. París. - La.

EL SECUESTRO

CUENTO POR LUIGI PIRANDELLO

TRADUCCIÓN DE ROSA GRANÉS — ILUSTRADO POR PALET

A horcajadas sobre su burra, Guarnotta, se abandonaba de tal modo al paso cadencioso del animal, que parecía ser él mismo quien andaba. Por otra parte, faltaba poco para que sus pies, fuera de los estribos, se arrastrasen por el polvo de la carretera.

Regresaba, a la hora de todos los días, de su propiedad de la meseta, frente al mar. Más cansado y triste que él, el viejo jumento resollaba subiendo las últimas curvas de la interminable carretera en zigzag que se enroscaba alrededor de la colina. En lo alto, las casas decrépitas de la pequeña ciudad parecían amontonadas unas sobre otras.

A aquella hora, los trabajadores habían ya regresado del campo y la carretera estaba desierta. Si aun quedaba alguno rezagado, Guarnotta tenía la seguridad de que le saludaría. Gracias a Dios, todos los del país le testimoniaban el mayor respeto.

El Universo entero aparecía a sus ojos tan desierto como aquella carretera, y el color ceniciento de aquel final de crepúsculo se le antojaba el de su propia existencia. Guarnotta contemplaba las ramas de los árboles desnudas, que asomaban por encima de los muros de cerca desmoronados, las altas y polvorientas orlas de chumberas y, en su inmovilidad, en su silencioso abandono, le parecían abrumadas, como él, por una pena tan irremediable como vana. Y como si el silencio se hubiese convertido en polvo para mejor acentuar aquella sensación de vacío, ni siquiera se percibía el resonar de los cuatro cascos de la borrica.

∴

Encontrábase en aquel momento a menos de un kilómetro de la población. La lenta caricia del «Angelus» descendía de la capilla de la Virgen de los Siete Dolores, encumbrada en la cima. De repente, de un brusco recodo del camino surgió un grito:

—¡Manos arriba! De la sombra donde estaban ocultos, tres hombres enmascarados con un pañuelo y armados con escopetas cayeron sobre él. El primero asió la burra por la brida; sus dos cómplices, en un abrir y cerrar de ojos, lo arrancaron de la silla, lo derribaron y, mientras uno de ellos, con una rodilla clavada sobre su estómago, le ataba las muñecas, el otro le vendaba los ojos con un pañuelo. Guarnotta tuvo el tiempo justo de decir:

—¿A mí, hijos míos, hacerme esto?

Lo levantaron y, empujándole, tirándole y zarandeándole, lo condujeron fuera de la carretera, por una cuesta pedregosa, hacia el fondo del valle.

—Veamos, hijos míos...

—¡Ni una palabra, o date por muerto!

Después de haber bajado la cuesta, volvieron a subir, luego anduvieron un buen trozo en línea recta, retrocedieron un poco, luego una nueva bajada, luego una subida interminable. ¿A dónde lo llevaban? Presa de un torbellino de pensamientos y de sensaciones, asaltado por imágenes siniestras, ahogado por aquella caminata a ciegas, entre piedras y matorrales, las primeras luces de la pequeña ciudad, en lo alto de la colina, se le aparecían ahora, a pesar de la venda que le apretaba los ojos, con extraordinaria precisión, como si surgieran delante de él y nada le impidiera disfrutar de su vista. Seguía avanzando a empellones, lleno de terror, y las plácidas y tristes lucecitas le precedían, las llevaba con él, con toda la colina, con toda su pequeña ciudad, encumbrada en lo alto, donde nadie sospechaba la violencia de que estaba siendo víctima.

Por un momento percibió el repiqueteo precipitado de los cascos de su burra. También arrastraban con ellos a su vieja y cansada borrica. ¿Qué podía comprender el pobre animal? Acaso tuviese conciencia de la prisa insólita, pero iba a donde la conducían, sin comprender nada.

—Hijos míos...

—Silencio. ¡Sigue...!

—¡Pero si no puedo más! ¿Por qué me hacéis esto? Estoy dispuesto a...

—Cállate. Luego hablaremos. ¡Adelante!

∴

A la mañana siguiente se encontró dentro de una baja gruta, envuelto en una atmósfera húmeda y maloliente, que parecía confundirse con la mísera claridad del día que apenas despuntaba.

Aquel alba lívida filtrábase, tamizada por las anfractuosidades gredosas de la cueva, y aliviaba la pesadilla de las violencias sufridas.

¿Dónde se hallaba a la sazón?

Prestó oídos. Le pareció que fuera reinaba el silencio de las cumbres. No podía moverse. Yacía en el suelo como una pieza de caza, atado de pies y manos. Sentía sus miembros pesados como si fuesen de plomo. ¿Estaba herido? ¿Lo habían dejado por muerto dentro de aquella gruta?

No; los oyó discutiendo en la entrada. Su suerte aun no estaba echada. Pero el recuerdo de lo sucedido acudía ahora como la imagen de una desgracia contra la que nada podía hacer. No le pasaba por el magín que pudiese intentar ni el menor esfuerzo para escaparse. Estaba seguro de que

era imposible, y ni siquiera sentía deseos de substraerse a su infortunio.

Pero, de súbito, una gran ternura, una ola de compasión hacia sí mismo, le invadió, y se estremeció de horror. Uno de sus tres secuestradores entraba a gatas en la cueva, con el rostro disimulado tras un pañuelo rojo, con dos ojales a la altura de los ojos. Miró las manos del hombre. No llevaba armas. En una mano tenía un lápiz completamente nuevo, aun sin afilar. Y en la otra mano, apoyada en el suelo, una hoja de papel basto, muy arrugada, y un sobre. Guarnotta sonrió a pesar suyo, al propio tiempo que los otros dos, igualmente embozados y a gatas, entraban a su vez. Uno de ellos se le acercó y le desató las manos. El primero dijo:

—Sea razonable. ¡Escriba!

Creyó reconocer aquella voz. Claro que sí, era Mangacorta — Manuzza —, así apodado por tener un brazo más corto que el otro. ¿Pero sería él? Miró su brazo izquierdo. Sí, era él. Y seguramente habría reconocido a los otros dos de haber ido desenmascarados. Entonces dijo:

—¿Yo, razonable? Vosotros debéis serlo, hijos míos. ¿A quién queréis que escriba y con qué debo escribir? ¿Con eso?

—¿Por qué no? ¿No es un lápiz?

—Cierto que es un lápiz, pero ni siquiera sabéis cómo debe usarse.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Hay que empezar por afilarlo.

—¿Afilarlo?

—Sí, por la punta, con un cortaplumas...

Manuzza repitió:

—Sea razonable, o si no...

—Selo tú también, mi buen Manuzza.

—¡Ah! — exclamó el hombre —. ¿Me ha reconocido usted?

—Naturalmente; escondes la cara y el brazo no. Quítate ese pañuelo y mírame a los ojos. ¿Te atreves a hacer esto conmigo?

—No tantas historia — gritó Manuzza, arrancándose coléricamente el pañuelo de la cara —. Ya le he dicho que sea razonable. ¡Escriba, o le mato!

—Pero si yo quiero — dijo Guarnotta, recobrando ánimos —. En cuanto afiléis el lápiz. Pero, en primer lugar dejad que os diga una cosa. Es dinero lo que queréis, ¿no es cierto...? ¿Cuánto?

—Tres mil *onzas*.

—¡Tres mil! Sois golosos...

—Las tiene usted, y muchas más; no diga que no.

—Sí, es cierto. Pero no las tengo en casa, en dinero. Tendría que vender fincas, tierras. Y os figuráis que eso se puede hacer de la noche a la mañana y sin mí.

—¡No tienen más que pedirlas prestadas!

—¿Quién?

—¡Su mujer y sus sobrinos!

Guarnotta sonrió amargamente e hizo un esfuerzo para incorporarse sobre un codo.

—Precisamente es lo que quería explicaros. Hijos míos, os habéis equivocado. ¿Contáis con mi mujer y con sus sobrinos? Si queréis matarme, perfectamente; estoy a vuestra disposición: matadme, y asunto liquidado. Pero si queréis dinero, no podéis obtenerlo si no es de mí, a condición de dejarme regresar a casa.

—¿A su casa? ¿Qué está usted diciendo? ¡Usted bromea! No nos hemos vuelto locos.

—En este caso... — suspiró Guarnotta.

Con ademán airado, Manuzza arrancó a su compadre la hoja de papel y repitió:

—Nada de historias, ya se lo he dicho. ¡Escriba! El lápiz. ¡Ah, sí! Hay que afilarlo... ¿Cómo se hace?

Guarnotta se lo explicó y los tres hombres, después de haberse mirado a los ojos, abandonaron la gruta. Viéndoles salir, siempre a gatas como bestias, Guarnotta no pudo evitar una nueva sonrisa. Pensó que se pondrían los tres a afilar aquel lápiz y que quizá, a copia de cortarlo como una rama de árbol por el injerto, no conseguirían nada. Sonreía, sí, pero su vida en aquel preciso momento acaso dependía de la ridícula dificultad que aquel trío encontraría en una operación nueva para ellos. Tal vez, furiosos al ver disminuir poco a poco el lápiz a cada nueva tentativa, volverían a entrar y le demostrarían que, si su navajas no aca-baban a afilar un lápiz, eran perfectamente aptas para desollar a quien fuese. Había cometido un error imperdonable descubriendo a Manuzza que le había reconocido. ¿Qué ocurría? Ahora se peleaban, blasfemaban y echábanse pestes.

Volvieron a entrar en fila, vencidos por el lápiz.

—Madera tierna — dijo Manuzza —. ¡Qué porquería! Usted que sabe escribir, ¿llevará por casualidad en el bolsillo alguno que ya esté afilado?

—No tengo ninguno, hijos míos — respondió Guarnotta —. Pero es inútil, os lo aseguro. Habría escrito si no hubiéseis dado con qué; pero, ¿a quién? ¿A mi mujer? ¿A los sobrinos? Pero son sobrinos suyos, no míos, debe comprenderlo. Y nadie habría contestado, podéis estar seguros. Fingirían no haber recibido la carta de amenaza y adiós. Si queríais sacarles dinero, no teníais que empezar por lanzaros sobre mí, sino ir a encontrarles y poneros de acuerdo con ellos, pedirles una cantidad — mil *onzas*, por ejemplo — para desembarazarles de mí. Pero, por otra parte, tampoco se las darían. Desean mi muerte, no cabe duda, pero soy viejo de modo que la esperan de un día a otro de la mano de Dios. ¿Y podéis concebir que os diesen una miserable perra chica para salvarme la vida? Os equivocáis. Mi vida no puede interesar a nadie más que a mí. Y no me interesa mucho, os lo juro; pero con todo, morir de mala muerte no me gustaría; es únicamente por no morir de esta manera por lo que os prometo, os doy palabra por la memoria de mi hijo, de ir yo mismo, lo más pronto posible, a llevaros el dinero al sitio que me indiquéis.

—¿Después de habernos denunciado?

—¡Os juro que no! Os juro que no diré nada a nadie de ello depende mi vida.

—¡En este momento sí, pero cuando se halle en libertad...! Antes de llegar a su casa, irá a denunciarnos.

—Puesto que os juro que no, podéis tener confianza en mí. Todos los días voy al campo. Mi vida está allí, entre vosotros; he sido siempre como un padre para todos. Siempre me habéis respetado y ahora... ¿Creéis que querría exponerme al peligro de una venganza? Tened confianza en mí. Dejadme ir a casa y estad seguros de que tendréis el dinero...

No contestaron nada. Empezaron a mirarse a los ojos y luego, siempre a gatas, salieron de la gruta.

(Acabará en el próximo número)

B.P.
BANCO DE LA PROPIEDAD
GERONA, 2 (RONDA S. PEDRO)
TELEFONO 53191 - BARCELONA
COMPRA-VENTA Y ADMINISTRACION DE FINCAS — PRESTAMOS CON GARANTIA DE ALQUILERES
CUENTAS CORRIENTES — CAJA DE AHORROS — VALORES — CUPONES — DEPÓSITOS
SUCURSALES EN: MADRID, VALLADOLID Y ZARAGOZA. DELEGACION EN SABADELL. AGENCIAS EN: BADALONA, HOSPITALET DE LLOBREGAT Y TARRASA. DIRECCION TELEGRÁFICA: PROPIEBANC

PUBLICACIONES Y REVISTAS, S. A.
Ignacio Agustí, director